

LA VENDIMIA DE FRANCIA

Personajes

EL GONZÁLEZ (40 años)

LA CANDELAS (38 años)

EL MÁRQUEZ (38 años)

EL TRALLA (23 años)

LA MATILDE (22 años)

EL CATALÁN

LA VIEJA FRANCESA (60 años)

LA VECINA

DOS MOZOS

La acción en una comarca del Rosellón francés, cercana a la frontera española. Época actual.

ACTO PRIMERO

Una enorme estancia de casa labriega. Pajar y almacén al mismo tiempo. Una puerta grande de madera en el centro que da al campo mustio y triste del sur de Francia. A la derecha (del espectador) un muro con vestigios de arco divide un tercio de la sala. En este tercio hay una ventana con una reja deteriorada por la que se ve el mismo campo. Sacos de trigo, cestos de vendimia, paja, etc.: objetos de labranza. Techo de vigas entreveradas. En un rincón, a la izquierda, amontonadas, colchonetas y mantas.

(Es de noche. Al levantarse el telón, entran por la puerta del fondo dos hombres y dos mujeres. Los hombres visten pantalón de pana, camisa a cuadros y botas. Las mujeres, vestidos ligeros, pañuelo a la cabeza y alpargatas. Traen maletas, cestos y sacos, atados entre sí complicadamente, que dejan en el suelo con gesto de cansancio. Los hombres son: el GONZÁLEZ, 40 años, fornido, seco, riguroso y despótico; el TRALLA, un muchacho recién cumplido el servicio militar, despreocupado y achulado; la CARMELA, esposa del GONZÁLEZ, de unos treinta y ocho años, huraña y reconcentrada, y la MATILDE, esposa del TRALLA, de su misma edad, más o menos, desenvuelta y frescachona. Todos ellos traen gran aspecto de cansancio y denotan haber andado mucho. Son labradores españoles que van por la vendimia a Francia.)

EL GONZÁLEZ.— *(Saca un pañuelo del bolsillo y se seca el sudor al mismo tiempo que observa al TRALLA y a la MATILDE, que se han dejado caer derrengados sobre el equipaje mientras la CANDELAS curioseaba la estancia.)* ¿Qué? ¿Dormimos o no dormimos bajo techo? ¿Llevaba o no llevaba razón?

(El TRALLA no contesta. Se está quitando las botas. La MATILDE lo hace por él.)

LA MATILDE.— ¡Virgen de las Angustias! En toda mi vida he andao tanto...

EL GONZÁLEZ.— Pues ahora lo que hay que hacer es desatar todo eso y preparar un rincón... *(A la CANDELAS.)* Tú, Candelas, ¿qué buscas por ahí?...

(La CANDELAS, al oír la voz del marido, se vuelve asustada.)

LA CANDELAS.— Nada..., nada... *(Se acerca a él.)*

EL GONZÁLEZ.— ¡Venga!..., ¡vivo!... Hay que dormir, que mañana hay faena. Aquí se trabaja, no es como allá abajo. Aquí hay que hablar poco y «currelar» firme, conque...

(Va hacia el TRALLA y le sacude un poco.)

EL TRALLA.— Deja que me termine de quitar las botas. «Aluego» dices que no eres un mandón...

EL GONZÁLEZ.— Mañana tenemos que estar de pie antes de las cinco...

(La MATILDE suspira. La CANDELAS, sumisa, empieza a desatar los lios.)

LA CANDELAS.— *(Al GONZÁLEZ.)* ¿Tienes hambre? *(A los otros.)* ¿Queréis comer vosotros algo?

(GONZÁLEZ recorre lentamente la estancia y contesta un poco somnoliento a la CANDELAS.)

EL GONZÁLEZ.— Yo no tengo hambre. Ni sueño tampoco. Vosotros tumbaros por ahí. No preocuparse por mí... *(La CANDELAS hace un gesto de desenfado con los hombros. El GONZÁLEZ va hacia la derecha y mira tras la ventana. Luego vuelve a contemplar todo con el ceño fruncido, como si recordara algo. Está muy preocupado.)*

LA CANDELAS.— *(Revolviendo en los lios, ayudada ahora por la MATILDE.)* Pues yo sí voy a comer un bocadito. Lo que hay es vino. Ni agua...

LA MATILDE.— *(Cogiendo una cantimplora.)* Trae que iré a por agua...

EL GONZÁLEZ.— *(Volviéndose rápidamente.)* ¡Ni hablar! No son horas de salir. ¿Es que no sabes que estás en país extranjero, chiquilla?

LA CANDELAS.— Anda..., pero pa ir por agua, me parece que no se necesita..., vamos digo yo...

EL GONZÁLEZ.— ¡Anda ya! Comer sin agua. Que vino nos faltará mañana si Dios quiere. Que dios no deja sin vino a los pobres....

(El TRALLA, que ya se ha quitado las botas y calzado unas alpargatas, se acerca al GONZÁLEZ.)

EL TRALLA.— Oye, González, que mi mujer es mía y no tuya, creo yo. Que quiero decir, vamos me parece a mí, que si yo quiero que vaya por agua...

EL GONZÁLEZ.— *(Tajante.)* No va por agua. No va por agua, porque no son horas de ir por agua. *(Recalcando.)* Las mujeres no salen de aquí. ¿Estamos?

(Las mujeres han sacado viandas y comen acurrucadas en el suelo ajenas a los hombres.)

EL TRALLA.— *(Encogiéndose de hombros.)* Tú sabrás. Tú ya conoces esto. Tú eres el jefe...

EL GONZÁLEZ.— Yo sé lo que me digo... *(Va hacia el rincón donde están amontonadas las colchonetas.)* Mirar: aquí tenéis..., aquí tenéis... colchonetas y mantas... Claro que no sé si estarán en perfecto estado de revista, como decían en la mili... *(Frunce el ceño.)* ¡Qué porquería!... Juraría que son las mismas de entonces... Las mismas... Todo igual, igual... ¡Maldita sea la suerte...!

LA CANDELAS.— *(Mirándole extrañada al igual que la MATILDE y el TRALLA.)*
Pero ¿qué tienes, chaval? Que siempre tienes que gruñir por todo. ¿Es que no traemos nosotros mantas? ¿Es que te crees que nos da miedo dormir en el suelo? Pues sí que una es melindrosa...

(GONZÁLEZ coge una manta y se la tira con cierta rabia, pero luego se ríe.)

EL GONZÁLEZ.— ¡Hala!... Taparse con eso y dormir, que mañana hay que madrugar...

(Las mujeres han recibido el mantazo riéndose.)

EL GONZÁLEZ.— Vosotras acostarse y apagar la luz, que éste y yo vamos a salir por ahí...

LA CANDELAS.— ¿No te digo?... Conque pa nosotras es tarde y vosotros vais a salir a golfear por ahí, ¿no?...

LA MATILDE.— Déjales, chica. Yo estoy rendida. Yo me tumbo aquí *(Lo hace.)* y me quedo roque. Deja que se vayan...

(La CANDELAS se levanta y va a su marido.)

LA CANDELAS.— Pero ¿no te da miedo dejarnos solas aquí? Estamos en un país extranjero...

EL GONZÁLEZ.— *(Mirándola fijamente. El TRALLA se ha sentado junto a la MATILDE y la susurra algo al oído.)* Cerráis la puerta con la tranca. Cuando vengamos daremos tres golpes. Ya los conoces. No os pasará nada. Vosotras os acostáis y dormís...

LA CANDELAS.— Pero ¿qué contra tenéis que hacer por ahí con lo que hemos andao hoy?... ¡Mira que el capricho también!... Nosotras os acompañamos...

EL GONZÁLEZ.— *(Muy chulo.)* Tienes la cara sucia de grasa. Límpiate...

(La CANDELAS hace un gesto de desprecio.)

LA CANDELAS.— ¡Anda y vete a la ...!

EL GONZÁLEZ.— *(Con gesto significativo.)* ¿Quieres que haya marcha nada más llegar? *(Pausa. La CANDELAS vuelve a sentarse.)* Anda, tú, Tralla, vamos...

EL TRALLA.— *(Levantándose malhumorado.)* Pues lo que es menda se tumbaba ahora más tranquilo que... ¿Por qué no te vas solo, González?...

EL GONZÁLEZ.— Porque no..., porque tú vienes conmigo...

LA MATILDE.— *(A la CANDELAS.)* Hala, déjales que se larguen. Yo tengo un sueño, chiquilla... ¡Madre de los Dolores, qué sueño...!

EL GONZÁLEZ.— *(Al TRALLA.)* Coge la bota que llenaremos. ¡Hala, vamos!... Te voy a enseñar el país. Francia. Vas a ver tú cómo aquí pisamos fuerte. No te achantes, que aquí hay que ser los amos. Mucho marica hay en este país... ¡Vamos, chaval!... *(Al punto de salir se vuelve hacia las mujeres.)* Ya sabes, Candelas, la tranca a la puerta. Y no abris si no da tres golpes así. *(Da tres golpes sobre la madera.)* ¿Estamos?

(La CANDELAS sentada, de espaldas a ellos, finge no escuchar.)

EL GONZÁLEZ.— *(Acercándose.)* ¿Qué? ¿No me oyes? *(La coge del pelo y levanta la cara de ella hacia el grito ahogado de CANDELAS.)*

LA CANDELAS.— Ay, sí, sí..., te oigo...

EL GONZÁLEZ.— Pues venga que tardas...

(Se levanta sumisa la CANDELAS y va tras los hombres, que le ayudan desde fuera a cerrar la puerta. La CANDELAS se dispone a colocar el travesaño.)

LA CANDELAS.— Ayúdame, Matilde, chiquilla, que yo no puedo... *(La MATILDE, con aire de cansancio, va de mala gana a ayudar a la otra.)*

VOZ DE GONZÁLEZ.— *(Desde fuera.)* ¿Qué pasa?...

LA CANDELAS.— *(Con un gran vozarrón de rabia y asco.)* ¡Ya va, hombre, ya va! ¡Maldita sea mi suerte...!

LA MATILDE.— *(Mientras ayuda a la CANDELAS a atrancar la puerta.)* ¡Mala peste les coma! ¡Qué hombres...!

LA CANDELAS.— *(Terminando de poner el travesaño.)* Me tiene más negra...

(La MATILDE vuelve al rincón y se tumba mientras la CANDELAS va a mirar tras la ventana para verles marchar.)

LA CANDELAS.— Mírales. Vendrán como cubas. Ya puedes prepararte. Cualquiera se mete a dormir pa que le despierten a una a patadas con el aliento de vino...

LA MATILDE.— Pues yo..., (*Bostezando.*) chiquilla..., tengo una soñiguera... Ya pueden venir como quieran, que...

LA CANDELAS.— Eso si no se andan con peleas. Y en un país extranjero. Por algo yo no quería venir. Yo sé muchas cosas. Muchas, Matilde. Tú porque eres tonta, pero yo sé lo que pasa aquí. ¿Tú no has ido hablar del Márquez? ¡Eh, Matilde, Matilde!... ¿Pero te has dormido Matilde? ¡Chica, despierta... despierta...

LA MATILDE.— (*Al ser sacudida se vuelve.*) Déjame, mujer, déjame. Estoy cansada. Quiero dormir...

LA CANDELAS.— (*Arrodillada junto a ella.*) No te duermas, mujer. Yo estoy despierta. No tengo sueño. Estoy asustada, Matilde. Mira: estamos en país extranjero. Y aquí hay uno que se llama Márquez. ¿No has oído hablar del Márquez?

LA MATILDE.— ¡Que no, mujer!... ¡Que me dejes dormir!... ¡Estoy cansada...!

LA CANDELAS.— El sabe que aquí está el Márquez. Márquez... ¿No te acuerdas? Te lo he contado mil veces... ¡Pareces tonta, mujer...!

LA MATILDE.— ¿Por qué no me dejas dormir? (*Casi suplicante.*) Déjame, mujer...

LA CANDELAS.— ¡Huy... qué mujer ésta! Comiendo, durmiendo. No te importa nada. No estás en nada. Eres como un animal. Igualito que un animal eres, mujer. Yo quisiera ser como tú. No pensar en nada. No imaginar siempre cosas y cosas. No tener esto que tengo dentro desde hace años y años...

LA MATILDE.— (*Incorporándose.*) ¿Por qué no me dejas dormir? Anda y lárgate por ahí también y déjame que me pudra aquí yo sola. ¡Tener que escucharte y escucharte! ¡Ah!... Me has desvelado por fin. Eres un bicho malo...

LA CANDELAS.— Estoy segura, fíjate bien, que ha ido a buscar al Márquez. Quiere matarlo. Se darán de navajazos. Te lo digo yo. No me equivoco nunca. Yo no quería venir a la vendimia. «¿Pa qué quieres que vayamos

allá, a aquellas tierras de Dios? ¿No lo ganamos aquí mal u bien? No se nos ha perdido nada allí.» Y él, dale que dale: «el año que viene a la vendimia de Francia. Hay que hacer ahorro, hay que comprar esto y lo otro...». Pero él sabe que aquí está el Márquez, el hombre que yo más he querido. A él le odio... ¡No te duermas, mujer!

LA MATILDE.— No me duermo... No me dejas... ¡Márquez!...

LA CANDELAS.— Un hombre de raza... y unos modales... Vive aquí en Francia desde la guerra. El mío se vino y él se quedó. Dijo que ya no quería nada con España, que volvería pa prender fuego al pueblo y colgar a todos... Estuvieron juntos los dos presos por aquí, por aquí precisamente... Se pelearon... Yo me enteré de todo porque parezco bruja. El Márquez era un tío: todos hablan de él todavía en el pueblo... Tú porque eres tonta, porque no te enteras de nada. Eso es lo que pasa... Siempre durmiendo, comiendo, siempre buscando el calor de los pantalones...

LA MATILDE.— Yo no hago más que trabajar todo el día. Tú parece que hayas nacido pa señora. Tu marido te trata bien y nunca te ha faltado nada. Eso es lo que te pasa... Siempre con tus locuras... ¡El Márquez!..., ¡el Márquez!..., ¡el bizco! Ya lo sé, ya lo sé todo... Que te dio un empujón juanto a la fuente y que...

LA CANDELAS.— (*Cortando rabiosa.*) ¡Mentira!... ¡Envidiosa!... Eres como todas...

LA MATILDE.— Sí, sí... y poco que te gusta que te lo digan... Que «antes de la guerra», que «cuando la guerra», que si no había quien te tosiera, que te traía esto y lo otro..., que...

LA CANDELAS.— Mujer, qué negra de envidia...

LA MATILDE.— (*Rabiosa.*) Déjame a mí con la envidia. Vete por ahí a buscar a tu Márquez y deja que yo duerma un poco. Un marido como el mío debías tener. Desde que nací, pasando hambre y sudores y fatigas. ¡Leche con la loca!..., que si el Márquez, que si... Tú lo que necesitas es palos, muchos palos, que tu marido mucho gritarte y mucha amenaza, pero nada, en el fondo, tu esclavo, tu criado... El mío no me chillá; me tapa la boca de un puñetazo enseguida. Por eso yo... a dormir, a callar... Desde que nací no sé otra cosa...

LA CANDELAS.— A mí me gustaría ser como tú. Eso: un animal. Pero no tengo aguante, chica. Además me salgo con la mía siempre. Yo cuando él quería venir aquí, ¿no sabes lo que hacía? Pues contradecirle. Y por eso

me ha traído, precisamente. Pa demostrarme que él es más que el otro. Yo soy bastante lista, chica. Muy lista. Tú eres más tonta...

LA MATILDE.— (*Enfadada.*) ¡Jesús y la porra que ha cogido! El caso es no dejarla a una en paz. (*Se levanta y se acurruca sobre la pared.*) Bueno. Sigue. Ya está visto que una no puede dormir.

LA CANDELAS.— ¿Y si saliéramos a darnos un garbeo por ahí?

LA MATILDE.— ¡Anda allá, loca! ¿Será loca la mujer de Dios? Me ve mi Tralla y me da una. Claro, tú con aquello de que has sido otra cosa y tu marido te idolatra, sabes que al final, besos y caricias. Pa mí, palo...

LA CANDELAS.— ... Que eres más miedosa... y más poca cosa, mujer...

LA MATILDE.— Pues mira, yo me alegro de ser como soy y de que mi marido me trate como debe tratarme, que por mi bien lo hará cuando lo hace. A ti, con tanto regalo y tanta caricia, lo que ha hecho de ti, pues eso: una loca..., siempre pensando en el Márquez. A mí el mío el único regalo que me ha hecho fue una foto cuando se fue a la mili, pa que la tuviera siempre delante cuando él no estuviera en casa, como aviso. Y eso que es más bueno que el pan. Bien bueno que es el Tralla, chica, con todo lo que digan... Yo le quiero a él y nada más que a él... ¡Qué sé yo!... Habrá nacido una decente...

LA CANDELAS.— ¡Mira la sosa!... No, si yo lo he dicho siempre. Las chicas que vienen detrás nuestro son todas atontás... A la Carmela se lo tengo dicho más veces... ¡Madre, la de veces que se lo tengo dicho! Que nosotras somos de otra sustancia, de otra raza. Las mozas, tontas todas. Que si coser, trabajar, hacer la comida y buscar el calor de la cama a todas horas del día...

LA MATILDE.— ¡Anda y la de veces que te tengo oído todo eso! Y ahora me largas el mismo rollo aquí, en tierra extranjera...

LA CANDELAS.— Tengo unos nervios, chiquilla... Estamos solas... Se nota la falta de la tierra de una... Y es de noche...

LA MATILDE.— Sí..., y se han largao y nos han dejao aquí como lo que somos, como dos animales nada más. Tú como yo, no te hagas ilusiones. Si siempre hemos estao tiradas en un sitio u en otro. Que tienes pájaros, nada más que pájaros en la cabeza, Candelas...

LA CANDELAS.— Yo estoy que ardo, chica. No puedo estar aquí. Me parece oírlo a él. Cantaba *Mi jaca*. Cómo la cantaba, chica. Eran otros tiempos aquéllos. Qué se yo. Estaba una llena de vida. ¡Cómo cantaba el chaval!

(Canturrea.) «Mi jaca / galopa y corta el viento / cuando pasa por el Puerto / caminito de Jerez.»

LA MATILDE.— *(Remendándola.)* «Mi jaca / galopa y corta el viento...» ¡Ay, Candelas, qué loca estás, mujer...!

LA CANDELAS.— No puedo más, chiquilla. No puedo vivir así, una vida así, como la tuya. Esperar, trabajar, morirse. Y no sé para qué. Quiero vivir, Matilde...

LA MATILDE.— Déjame dormir, chica...

LA CANDELAS.— *(Premiosa.)* Vamos por ahí, chiquilla. Nos asomaremos na más a la puerta. ¿Tú sabes dónde estamos? ¿Eh? ¿Lo sabes?...

LA MATILDE.— En Francia. Pues no tengo oído esta tierra ni nada. Cuando era chavala. «Que si el mío está en Francia.» «Que el mío vendrá de Francia.» «Que se va a Francia.» ¡Asco me da oír ese nombre, te lo juro...!

LA CANDELAS.— A ti todo lo que no sea lo de siempre, lo de todos los días, la porquería diaria, te da asco. Todas sois así. No sé qué leche os dieron a mamar cuando nacisteis. Parece mentira que nacierais cuando la guerra, cuando los hombres se mataban...

LA MATILDE.— *(Enfadada.)* ¡Chica, queremos vivir también nosotras a nuestra manera! ¡Pues anda también, con la perra que ha cogido la mujer de Dios! ¡Anda y date con la cabeza contra las paredes! Mira la que me arma con que si somos o no somos. Somos como nos da la gana, también. Pero que tenga una que escuchar sermones en todos los sitios, también. Se acabó la cuestión. Ya puedes hablar con las paredes...

(Se levanta y se va hacia el compartimento de la derecha, donde hay un montón de sacos, con idea de rendirse allí. Pero antes se acerca a la ventana para espiar la noche. La CANDELAS se apoya sobre la puerta llena de ansiedad y cansancio.)

LA MATILDE.— *(Mirando tras la ventana.)* ¡Madre, qué noche más negra está también! No se oye ni un alma... ¡Jesús, qué miedo da estar fuera de la tierra de una...!

(Vuelve de la ventana con un gesto de resignación y avanza otra vez hacia el montón de sacos. Pero cuando va a

tenderse aparece la sombra negra de un ser humano que yacía entre los sacos y que se yergue emitiendo gruñidos. Grito aterrorizado de la MATILDE. La CANDELAS va corriendo hacia ella. La sombra que aparece es la de una VIEJA mendiga que masculla insultos en francés. Se trata de una vagabunda que se había refugiado allí antes de llegar ellos.)

LA MATILDE.— *(Abrazada a la CANDELAS y mirando a la VIEJA, que parece desafiarlas.)* Ay, madre mía..., vámonos de aquí, vamos volando, chica...

(Vuelven las dos dando trompicones hacia la puerta e intentan sacar el travesaño. La VIEJA, sentada sobre los sacos, masculla insultos. Se percibe la palabra «putains»...)

LA CANDELAS.— *(Forcejeando en la puerta.)* ¡Y nos dejan solas y se van! ¡Y ahí os podráis...!

LA MATILDE.— *(Nerviosa.)* Déjame a mí, que tú no puedes con los nervios. ¡Vaya un canguelo que te ha cogido...!

LA CANDELAS.— *(Dándola un empujón.)* ¡Imbécil! ¿Yo miedo? Tú sí que te estás orinando del susto. ¿Miedo yo? ¡Vas a ver tú...!

(Ante el espanto de la MATILDE, la otra se dirige recta hacia la VIEJA y se encara con ella.)

LA CANDELAS.— ¡Eh!... ¿Quién es usted?... ¿Qué hace usted aquí?... ¿De dónde sale?...

LA VIEJA FRANCESA.— Putains... Putains de l'Espagne... *(Escupe.)*

LA CANDELAS.— *(Con rabia y orgullo.)* De España, sí, de España... ¿Qué pasa?...

(La VIEJA no contesta y vuelve a tenderse entre los sacos luego de empuñar un palo nudoso que tenía junto a ella. Las dos mujeres ya tranquilizadas vuelven al centro de la escena.)

LA CANDELAS.— ¿Has visto la tía? Será puerca...

LA MATILDE.— Pero ¿qué ha dicho, mujer?... Debe ser una «méndiga»...

LA CANDELAS.— (*Envalentonada y dirigiéndose otra vez a la VIEJA.*) ¡Váyase de aquí con sus piojos a otra parte!... ¿Me oye?

(La vieja se incorpora y empuña el bastón.)

LA VIEJA FRANCESA.— ¡Putains de l'Espagne...!

(La CANDELAS quiere ir hacia ella, pero la MATILDE la sujeta.)

LA CANDELAS.— ¡Déjame...! ¡Que me dejes...!

LA MATILDE.— Pero si está «guillá»... ¿No lo estás viendo?... Y cualquiera sabe lo que dice... (*A la VIEJA.*) ¡Hala por ahí, tía borracha!... ¡Vamos, mujer...!

(Vuelven las dos hacia la parte izquierda, donde se hallaban anteriormente.)

LA CANDELAS.— Qué tía más sucia. Luego dicen de las españolas...

LA MATILDE.— Es una «méndiga». También tiene derecho a la vida...

LA CANDELAS.— En cuanto venga mi González, la echa a palos...

LA MATILDE.— También..., tenemos la negra... ¡Chica, qué repeluzno...!

LA CANDELAS.— Y vete a saber lo que hace ahí la tía...

LA MATILDE.— ¿Y qué va a hacer? Dormir. Lo que teníamos que hacer nosotros...

LA CANDELAS.— Sí, pues lo que es yo no duermo con una desconocida...

LA MATILDE.— Ya se ve que no tienes caridad...

LA CANDELAS.— ¡Qué caridad, ni qué contra!... Cualquiera sabe lo que hace aquí esa tía...

LA MATILDE.— ¡Y dale con la mujer!... Pues es lo único que faltaba...

LA CANDELAS.— (*Muy decidida.*) Mira, yo me voy a buscar a mi marido...

LA MATILDE.— ¿Y yo me voy a quedar aquí sola?... Ni hablar...

LA CANDELAS.— Pues nos vamos las dos...

LA MATILDE.— (*Señalando el equipaje.*) ¿Y vamos a dejar aquí esto?...

LA CANDELAS.— A ver...

LA MATILDE.— Y «aluego» si vienen los hombres y falta algo, nos atizan una «capujana» y con razón... Anda, vamos a dormir... Ya no tienen que tardar...

LA CANDELAS.— ¡Que yo no me estoy aquí, chica...!

(Va a la puerta y saca con energía el travesaño. Aparece la noche oscura.)

LA MATILDE.— *(Sin atreverse a salir.)* ¡Chica, qué respeto...!

LA CANDELAS.— *(Vacilante también.)* Sí que está oscura la noche... ¿Dónde se habrán metido ese par...?

LA MATILDE.— A cualquier tasca se habrán orientao, seguro...

LA CANDELAS.— Pero, chica, si parece un pueblo muerto...

LA MATILDE.— Como que cada cual está en la cama... Mira ésta...

LA CANDELAS.— Pero si todavía es pronto... Si en España a esta hora se chatea y se pasea por la plaza... Es que no se ve ni un alma...

LA MATILDE.— Bueno ¿salimos o no? O cierra la puerta, porque hay un re-lente...

(La CANDELAS se apoya en la puerta.)

LA CANDELAS.— Me lo habían dicho y no lo creía, tú... Que en estando fuera de la patria de una, te falta como el aire, chica...

LA MATILDE.— Sí, sí... Parece que una respira de otra manera...

LA CANDELAS.— *(Angustiado.)* ¿Dónde andarán?... También, si nos encuentran por ahí...

LA MATILDE.— Escucha... Se oyen voces... ¡Voces de hombre...!

LA CANDELAS.— ¡El Márquez!...

LA MATILDE.— Qué Márquez, ni qué narices... Mi Tralla es ese que viene. Como que no lo conozco. ¡Y alegrillo viene!... *(Lo ha dicho con alegría.)* Anda, cierra la puerta, que no nos vean aquí... Vamos a hacernos las dormidas...

LA CANDELAS.— *(Alegre y excitada.)* ¡Déjame, mujer!... *(Se adelanta hacia donde vienen las voces.)* ¿Eres tú?... ¿Eres tú, muchacho?...

LA MATILDE.— *(Asustada.)* Calla, mujer...

(Han aparecido en el umbral los hombres. Traen la bota en bandolera y vienen alegres.)

EL TRALLA.— ¿Qué pasa aquí? *(La CANDELAS abraza al GONZÁLEZ.)*

EL GONZÁLEZ.— *(Separándose de la CANDELAS.)* ¿Qué hacéis con la puerta abierta?

EL TRALLA.— Me parece que hablamos en castellano, creo yo.

LA MATILDE.— ¡Qué susto!... ¡Hay una mujer...!

EL GONZÁLEZ.— ¿Una mujer? ¿Dónde?

LA CANDELAS.— Una bruja entre los sacos. Allí...

EL TRALLA.— A ver si tenemos la noche en paz...

(El GONZÁLEZ va dando trompicones hasta donde está la VIEJA. Los otros le siguen.)

EL GONZÁLEZ.— *(Plantándose ante la VIEJA.)* ¿Quién está ahí?

(La VIEJA se yergue gruñendo.)

LA MATILDE.— Debe ser una «méndiga»...

EL GONZÁLEZ.— ¿Por qué la habéis dejao entrar?

LA CANDELAS.— Estaba ya aquí cuando «lleguemos»...

EL TRALLA.— Eh..., abuela..., ¿qué pasa?

(La VIEJA se levanta despacio.)

EL GONZÁLEZ.— Es una francesa... ¡Váyase! Aquí estamos nosotros...

LA VIEJA FRANCESA.— ¡Salauds!... ¡Ils sont salauds!... ¡Espagnols..., salauds!...

EL TRALLA.— *(Al GONZÁLEZ.)* Anda tú, González, que chamullas un poco, dila que se largue...

(La VIEJA ha vuelto a sentarse y lloriquea.)

EL GONZÁLEZ.— Tú, Tralla, cógela y ponla de patitas en la calle...

EL TRALLA.— Ponla tú..., mira éste...

EL GONZÁLEZ.— Y si no, déjala. ¿Qué mas da? Es una pobre vieja... Hay que ser compasivo con los pobres... ¡Hala, abuela, que duerma usted en paz!...

(Vuelven hacia la parte de la izquierda.)

EL GONZÁLEZ.— *(Explicativo, tratando de dar seguridad a sus palabras.)* Es una «méndiga»... Tenemos que ayudarnos unos a otros. Además estamos en tierra extranjera. Hay que tener modales. Si se enteran que echamos a la vieja, igual nos largan a nosotros...

LA CANDELAS.— *(Tranquila y alegre.)* Ésta se ha llevao un susto...

LA MATILDE.— ¿Yo?... ¡Tú si que estabas que!...

LA CANDELAS.— Será embustera... Se pone que yo...

EL GONZÁLEZ.— ¡Basta! ¡A callar! Si os hubierais tumbao a dormir como se os ordenó...

EL TRALLA.— *(Al tiempo que se echa un lingotazo de vino.)* Y que se dijo en castellano, me parece a mí...

EL GONZÁLEZ.— Y se plantan en la puerta ahí como dos... ¡Te doy un...! *(Hace el gesto.)*

EL TRALLA.— *(Al tiempo que cierra la puerta.)* Bueno. Ahora sí que toca dormir. Hala, ya estáis durmiendo. Vamos a tener la noche en paz...

(Las mujeres, sumisas, se van a su rincón y empiezan a extender mantas. Los hombres hablan aparte echando tragos de la bota.)

EL GONZÁLEZ.— Mañana veremos quién es la vieja...

EL TRALLA.— Bah..., qué importa...

EL GONZÁLEZ.— ¿Te fijaste cómo le paré los pies al franchute...?

EL TRALLA.— ¡Vaya..., cómo cerró el pico!... No están acostumbrados a las palabras fuertes, macho... *(Ofreciéndole la bota.)* Venga, echa un trago y a la cama...

(Mientras el otro bebe, el TRALLA coge una colchoneta y se sienta sobre ella. El GONZÁLEZ cuelga la bota de un clavo.)

EL TRALLA.— *(Alcanzando otra colchoneta para el GONZÁLEZ.)* Toma...

EL GONZÁLEZ.— *(Rechazándola.)* Quita allá. Yo duermo en el suelo...

EL TRALLA.— *(Botando sobre la colchoneta.)* No está muy blanda, pero peor es el suelíviris...

EL GONZÁLEZ.— Mañana las quemo todas...

EL TRALLA.— ¿Todas las que...?

EL GONZÁLEZ.— *(Señalando las colchonetas.)* Toda esa porquería...

EL TRALLA.— ¿Por qué?

EL GONZÁLEZ.— Porque sí... Ahí va un pito... *(Le echa un cigarrillo. Las mujeres han ido arrastrándose hasta los hombres y escuchan.)*

EL TRALLA.— *(Encendiendo muy ceremoniosamente y ofreciendo fuego a GONZÁLEZ.)* Lo vamos a pasar fetén aquí, González...

EL GONZÁLEZ.— A ver... Aquí lo que hay que hacer es no achantarse... ¿Me comprendes, no? Yo conozco el paño. En cuanto te suban el gallo, directo a las narices...

EL TRALLA.— Ya has visto que hoy..., ¿eh?...

EL GONZÁLEZ.— *(Medio tumbado.)* Sí, ya... *(Queda pensativo.)*

(Pausa. El TRALLA se levanta y descuelga la bota.)

EL TRALLA.— El último trago. «Con Dios me acuesto / con Dios me levanto / con la Virgen María / y el Espíritu Santo...» *(Se echa un trago. Risas ahogadas de las mujeres.)*

EL GONZÁLEZ.— *(Alegre.)* ¿Qué? ¿Aún estáis así vosotras? Tenéis hormiguillo, ¿eh?...

LA CANDELAS.— *(Abrazándole.)* Me tienes más loca. Más loca me tienes...

EL GONZÁLEZ.— Anda allá, zalamera..., que estás hecha una zalamera...

LA CANDELAS.— ¿Qué había por ahí?...

EL GONZÁLEZ.— ¿Por dónde?...

LA CANDELAS.— En Francia...

EL GONZÁLEZ.— A ti que te importa. A dormir. Que mañana te levanto a las cinco... Venga a dormir...

LA CANDELAS.— Tirano..., que eres un tirano...

EL GONZÁLEZ.— Que te duermas... No hagas que me cabree...

(Pausa. El GONZÁLEZ se pone cómodo. La CANDELAS se tumba suspirando. El GONZÁLEZ se recuesta en el muro y sigue fumando pensativo. Se oye un instante el susurro del TRALLA, que acaricia el pelo a la MATILDE.)

EL GONZÁLEZ.— (*Expulsando lentamente el humo.*) ¿Te has dormido, Tralla?

EL TRALLA.— ¿Qué?...

EL GONZÁLEZ.— Que si te has dormido...

EL TRALLA.— (*Riendo.*) No me deja ésta...

EL GONZÁLEZ.— Digo que aquí podemos sacar buen jornal. Ya has oído al tío ese. Al capataz ese... Si pinta como dice, me represento que además de pasarlo fenómeno, podemos llevarnos un buen pellizco allá abajo... ¿Oyes lo que te digo o qué?...

EL TRALLA.— Te oigo...

EL GONZÁLEZ.— Lo que hay que hacer es aguantar el tipo... Porque aquí hay mucha hija de mala madre... ¡Pues no tengo yo pisao todo esto!... Por eso, ya te digo, hay que partir la cara al que se plante... ¿Me oyes, Tralla?...

EL TRALLA.— Te estoy oyendo, González...

EL GONZÁLEZ.— Porque hay mucho hijo de mala madre... No te olvides nunca de la navaja por si acaso... Y los peores son los nuestros..., los tíos que se quedaron aquí con los franchutes... Ésos son los peores. Quiero decir que si hay que pinchar, se pincha... ¡Pues no tengo yo sufrido en esta cochina tierra!... ¿Me estás oyendo?...

EL TRALLA.— Sí, macho...

EL GONZÁLEZ.— Pero con un poco de suerte, ya te digo... Nos vamos forraos. Y ¿sabes lo que voy a hacer?... Comprar aquella punta de olivos que hay detrás de la rectoral. Con lo que me lleve y me prometió la vieja, la compro engañando al señor Contreras... A mí no me sacan del campo... ¡A Barcelona me voy a ir!..., ya, ya..., o quedarme en Francia como ésos... para convertirme en un marica y un traidor..., como muchos que conozco... Ni hablar... Tengo unas ganas de vivir tranquilo, chaval... ¿Te has dormido?...

EL TRALLA.— No me he dormido, no...

EL GONZÁLEZ.— Échame la bota tú. Que me quite este escozor...

EL TRALLA.— Duérmete hombre...

EL GONZÁLEZ.— Que me echas la bota, chaval...

(*Se la echa.*)

EL TRALLA.— Pa ti, pa toda la vida...

EL GONZÁLEZ.— *(Luego de comprobar que la bota está seca la vuelve a tirar rabioso hacia el TRALLA.)* Ya puedes dormirla, ya...

EL TRALLA.— La finiquitó la parienta. *(Risas de la MATILDE.)*

EL GONZÁLEZ.— Ya digo yo que... *(Pensativo.)* Mira que tengo yo sufrido en esta tierra. Y era peor tiempo que ahora. Llovía mucho aquel año. Las vides se murieron. ¡Menudo hormiguero de tíos! Nadie sabía quién era nadie. De película, chaval. Y «aluego» allí se vieron los hombres. Tanto chulo que se volvió marica. Llorando como hembras. Pidiendo limosna a estos tíos malasangre. ¡Qué tiempo aquél! ¡Qué diluvio, chaval!... Y ahí es donde se tenían que ver los hombres... Pero nada..., unos tíos negros con los ametralladores esos y nosotros lo único que hacíamos era llorar. Y palos. Nadie abría el pico si no era pa llorar. Ésos, los que se comían el mundo... Tu entonces eras un chavalín... ¿Qué sabes tú?... *(Chupa el cigarrillo y expulsa el humo lentamente.)* Y había cada judas entre nosotros mismos... ¿Me estás oyendo, Tralla?... *(Escucha y sube el ronquido del TRALLA. GONZÁLEZ hace un gesto de fastidio y comprensión.)* Y el más bicho de todos, aquél..., ¡el Márquez!... Dicen que todavía anda por aquí... Trabaja en una fábrica de no se qué y dice que sólo vuelve a España pa quemar el pueblo... Ése es de los que hay que guardarse... ¡Madre mía, cuánto tengo yo sufrido por aquí..., y por todas partes...! *(Al TRALLA.)* ¡Duerme, chaval, duerme...! ¡A ver si yo también puedo dormirme alguna vez...!

*(Se da una vuelta rabioso y se tapa la cara con la manta.
Se oscurece la escena y cae el telón.)*

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Ha habido ciertas transformaciones. En el espacio de la derecha hay dos jergones separados por una cortina, un cajón que sirve de mesita de noche y unas telas de saco que sirven de alfombras. Un palanganero, un espejo, etc. En el centro de la escena iluminada por un sol rutilante que entra por la puerta del fondo, abierta de par en par a la campiña del Rosellón, hay una mesa con restos del convite. Brillan unos cuantos porrones llenos de vino. Alrededor de la mesa se sientan: el GONZÁLEZ, el TRALLA, la CANDELAS, el MÁRQUEZ, la MATILDE y el CATALÁN. Un poco apartada, dando la cara al público, la VIEJA FRANCESA. Todos están alegres menos el MÁRQUEZ, que procura estarlo sin éxito y deja de vez en cuando caer la cabeza pensativo sobre el porrón que acaricia con las manos. La francesa, aparte, también permanece callada. Al levantarse el telón, risas, alegría y bullicio.)

EL GONZÁLEZ.— *(Dirigiéndose a la VIEJA.)* Beba usted, agüela. Que hoy es fiesta para todos... *(Le ofrece el porrón.)*

LA CANDELAS.— Sí, sí..., a buena parte... *(Al MÁRQUEZ.)* Ni Dios le oye decir una palabra si no es para insultar...

EL TRALLA.— ¡Vamos!..., ¡agüela!...

EL GONZÁLEZ.— Que no se diga, agüela...

(Ante el asombro de todos, la VIEJA se levanta y coge el porrón. Silencio. La VIEJA bebe y luego se limpia la pechera manchada de gotas. Risas de todos. La VIEJA se retira a su rincón.)

LA VIEJA FRANCESA.— ¡Salauds!..., ¡salauds!..., ¡ivres!...

(*Más risas.*)

LA CANDELAS.— (*Al MÁRQUEZ.*) ¿Lo ves?

EL GONZÁLEZ.— Pues hoy tiene usted que emborracharse con nosotros, agüela.

Hoy se emborracha todo el mundo. ¡Hoy la armamos...!

EL TRALLA.— (*Como un eco.*) ¡La armamos...!

(*Suben los porrones. Lingotazos que se trasiegan y alegría comunal.*)

EL GONZÁLEZ.— (*Limpiándose la boca con la mano.*) Hoy, como si estuviéramos en la patria. Igual. Hoy todos somos hermanos. ¡Chócala, Márquez...! (*MÁRQUEZ intenta sonreír y le da la mano. Todos se dan la mano.*) Hoy tenemos que estar alegres, porque somos españoles y volvemos a España. Y hemos hecho buena vendimia, ¿no?

EL TRALLA.— Sí, macho...

EL GONZÁLEZ.— Pues eso digo... (*Pausa.*) Bueno tú, catalán, ¿viene o no viene tu compadre con la guitarra?

EL CATALÁN.— Yo pienso que vendrá. Eso dijo él. Ahora que si lo han liado por ahí.

LA MATILDE.— Pues ve a buscarlo, hombre...

EL GONZÁLEZ.— ¡Claro...!

EL CATALÁN.— Ya vendrá, ya... ¿Dónde hay una reunión como ésta?

EL GONZÁLEZ.— Claro, hombre. (*A la VIEJA.*) ¡Vamos, agüela, eche usted otro trago...!

LA CANDELAS.— Déjala tranquila, hombre. Si sabes que no quiere nada con nosotros.

EL GONZÁLEZ.— Tú déjame a mí... ¡Agüela!... Tú, Márquez, díselo en francés, que lo chamullas tan bien... Que se entere..., que se entere por fin de lo que somos..., de la tierra que somos...

EL MÁRQUEZ.— Déjala, hombre... Cada uno se divierte a su manera.

EL GONZÁLEZ.— Hoy tenemos que estar alegres. Igual que allá abajo. Y tú y ésa parecéis de piedra.

LA MATILDE.— (*Interrumpiendo intencionadamente.*) ¿Por qué no contáis algún chiste mientras viene el tío de la guitarra? Venga, tú, Tralla, cuenta un chiste, chico...

EL GONZÁLEZ.— Eso es. Vamos a contar chistes. Cada uno tiene que contar un chiste...

LA CANDELAS.— Que empiece el Tralla.

EL TRALLA.— No, que empiece el González, que pa eso es el jefe.

EL GONZÁLEZ.— Empieza el Márquez, que parece un funeral.

LA CANDELAS.— ¡Que empiece el Tralla!

EL GONZÁLEZ.— ¡Te digo que el que tiene que empezar es el Márquez...!

EL TRALLA.— (*Para zanjar la discusión.*) Pues ya está. Ahí va el primero... Prepararse...

LA MATILDE.— (*Riendo.*) Prepararse chavales, que vienen curvas...

EL TRALLA.— Esto le pasó a uno de mi pueblo...

LA MATILDE.— (*Al MÁRQUEZ.*) En el pueblo de éste pasa cada cosa...

EL GONZÁLEZ.— ¡Chissss!... A ver si os calláis las mujeres...

EL TRALLA.— Digo que uno de mi pueblo se fue a Zaragoza y cogió el tranvía. Y va y cuando el cobrador le pregunta: ¿adónde va usted?, el tío se pone: a ver a mi primo, que le han operao de la orina...

(*Risas y exclamaciones.*)

LA MATILDE.— ¿No os digo? ¡Anda ya!... ¡Qué malo es el tío...!

EL GONZÁLEZ.— (*Riendo.*) Muy bueno, sí señor, muy bueno... Un trago, agüela; un trago, Márquez. (*Coge el porrón e intenta levantarse, pero ya está medio beodo.*)

LA CANDELAS.— (*Al GONZÁLEZ.*) Venga, ahora te toca a ti...

EL TRALLA.— No, ahora le toca al catalán...

LA MATILDE.— No, tú. Que el catalán tiene muy poca gracia pa los chistes...

LA CANDELAS.— Anda ya, mujer. También tú...

EL GONZÁLEZ.— (*Que ha vuelto a sentarse.*) Venga, catalán, a ver ese chiste...

EL CATALÁN.— (*Muy modesto.*) Hombre, es que si uno tiene ya tan mala fama...

LA MATILDE.— Lo que yo digo no es insultar; vamos, me parece a mí. El que no tiene gracia no tiene gracia.

EL GONZÁLEZ.— ¡Basta ya! Aquí hoy todos somos hermanos y todos somos españoles. El catalán, como el francés. (*Lo ha dicho mirando al MÁRQUEZ con desafío*) Venga, «noi», a ver ese chiste...

EL CATALÁN.— Pues con permiso de la concurrencia...

LA CANDELAS.— Olé... Eso sí que son modales.

(Risas y palmas de todos.)

EL GONZÁLEZ.— Que digo que a ver si os calláis las mujeres... *(Sigue mirando hacia el MÁRQUEZ. Luego se limpia los labios con el dorso de la mano.)*

EL CATALÁN.— Allá va... Pues esto era un tío que estaba sin una «pela» y no tenía qué comer... Ya sabéis lo que es eso, ¿no? *(Murmullos.)* Conque van y le ofrece un domador de leones trabajo. Va el domador y le dice: «Oye, mira, resulta que se me ha puesto enfermo un león y necesito trabajar con todos esta tarde. Te doy diez duros si te vistes de león y te metes en la jaula con los otros». «¿Con los otros leones? ¡Ande ya!...» Pero va el domador y le dice que no tiene que preocuparse, que los otros leones no le harían nada, porque eran muy mansitos y «molt trempats», que decimos los catalanes. El otro, pues, claro, como que estaba con «més fam que un mestre d'escola, que diem en Catalunya», pues se convence, se viste de león y se mete en la jaula con un canguelo que para qué... Y los otros leones allá en un rincón rugiendo: ¡auuuuh!..., ¡auuuuh!... El tío temblando y encomendándose a todos los santos, cuando, de pronto, ve que uno con cara de pocos amigos, un león de esos de melena, se acerca despacio, despacio... El tío cierra los ojos y piensa: «Ya está. Yo quería comer y resulta que me comen a mí»... Y el león aquel venga a acercarse rugiendo: ¡auuuuhh!, ¡auuuuhh! El otro, ya os podéis pensar, «més mort que viu», que decimos en catalán. Y ya estaba esperando el primer zarpazo, cuando oye que el león le dice: «¿Qué, usted también es de Girona?...»

(Risas de todos.)

LA MATILDE.— ¡Muy bueno, muy bueno...!

EL GONZÁLEZ.— Eres un tío majo, Catalán. ¡Un trago, Catalán...!

EL CATALÁN.— *(Mientras bebe.)* Pero en catalán queda mejor, porque el león va y dice: «Vusté també es de Girona?».

EL GONZÁLEZ.— ¡Muy bueno, muy bueno!... Mira, hasta la agüela se ríe...

LA CANDELAS.— Sí, sí... Me parece que ya ves doble, chaval...

EL GONZÁLEZ.— *(Al MÁRQUEZ.)* Venga tú, Márquez, te toca. Otro de leones...

LA CANDELAS.— Venga Márquez, que no se diga...

LA MATILDE.— Ése *(Por MÁRQUEZ.)* es más soso que el catalán, que ya es decir...

EL GONZÁLEZ.— A ver si os calláis las mujeres... Venga, Márquez, que hoy todos somos hermanos...

EL MÁRQUEZ.— *(Bajando la cabeza.)* Yo no sé ningún chiste...

LAS CANDELAS.— *(Al GONZÁLEZ.)* Cuenta tú uno, chico. Ahora sí que te toca a ti. *(A los otros.)* ¿Le toca o no le toca?

TODOS.— ¡Sí, sí!... ¡Venga ese chiste!... ¡Ahora tú!...

EL GONZÁLEZ.— Bueno. Pero después le toca al Márquez. ¿Eh? Si no lo sabe lo inventa, que decimos en mi tierra...

LA CANDELAS.— Venga, empieza y ya está...

LA MATILDE.— Pero que sea más corto que el del catalán, que ése en cuanto le dejan hablar...

EL GONZÁLEZ.— A ver si os calláis las mujeres... *(Silencio solemne.)* Éste es uno de la «mili». Va el sargento y le pregunte al recluta. Muchacho, dime, ¿de cuántas partes se divide un fusil? Y va el recluta y contesta: de dos; de fu y de sil. El sargento le dice: ¡Muchacho, tú eres un genio! Y el otro se pone: Sí, mi sargento: Ugenio Martínez González...

(Risas, alboroto y palmotadas en la espalda)

EL GONZÁLEZ.— *(Riendo todavía.)* Sí, hombre, sí. En la mili hay cada uno... ¿Eh, Tralla?

EL TRALLA.— De miedo, tú...

EL GONZÁLEZ.— Bueno. Ahora te toca, Márquez...

LA CANDELAS y LA MATILDE.— *(Con cantinela.)* ¡Que hable, que hable...!

TODOS.— ¡Que hable, que hable, que hable...!

EL MÁRQUEZ.— *(Muy molesto.)* No sé qué decir...

EL TRALLA.— ¡Que baile, que baile...!

EL GONZÁLEZ.— *(Elevando la voz.)* Hoy aquí somos hermanos. Nada más que eso. Nada más y nada menos. Y hay que divertirse...

LA CANDELAS.— *(Aparte.)* ¡La que ha cogido...!

EL GONZÁLEZ.— A ver si os calláis las mujeres... Y tú, catalán, ¿viene o no viene el tío de la guitarra?

EL TRALLA.— Me parece a mí que le podemos esperar sentaos...

EL GONZÁLEZ.— Pues sí que es mala suerte. Porque si viniera el guitarrero ese, aquí el camarada, el franchute este (*Señalando a MÁRQUEZ.*) nos iba a echar un cante..., porque, ¿no lo sabíais?; pues aquí el amigo en tiempos cantaba... El «Niño de Fuego» lo llamaban si no me traiciona la memoria. ¿Miento, chaval?

LA MATILDE.— (*A la CANDELAS.*) Éste se cae redondo. (*A MÁRQUEZ.*) Tú no hagas caso.

EL GONZÁLEZ.— Como no os calléis las mujeres, vais a... Pues digo a la concurrencia que aquí, el artista, el «ñño de la funeraria», cantaba por todos los estilos: por el Angelillo y el Marchena y...

EL CATALÁN.— (*Interrumpiendo.*) ¿Y por qué no cantas tú, González?

TODOS.— ¡Que cante..., que cante..., que cante...!

EL GONZÁLEZ.— (*Con un gesto airado.*) ¡Silencio!... ¡Silencio, digo!... A ver si os calláis las mujeres, que todos habláis como mujeres... Digo que no hay cosa más triste que ver a un tío llorar como un marica... Sí, llorar como un marica, que yo los he visto, y aquí, aquí mismito, en esta tierra... cuando vosotros aún mamabais...

LA CANDELAS.— Verás tú... el mal vino que tiene éste...

EL GONZÁLEZ.— ¡... y... y... muchos que se las daban de tíos..., eh..., y que ahora dicen que van a volver a España para quemar el pueblo..., ja, ja..., lloraban también como maricas!... y que... (*Transición.*) Bueno, Márquez, anda, échate una copla.

EL CATALÁN.— ¡Que no hay guitarra, hombre!... ¡Tú, González, González, oye...!

EL GONZÁLEZ.— (*Desprendiéndose con brusquedad del CATALÁN, que intentaba llevárselo afuera.*) ¡Déjame!... ¿Me dejas?... ¡Aquí hay que hablar y hay que divertirse!... Y el «niño de la funeraria» nos va a echar una copla... Venga, a tocar palmas..., así... (*Toca palmas torpemente.*)

(*La CANDELAS se ha levantado y se acerca a él temerosa.*)

EL GONZÁLEZ.— Y había unos tíos, unos negrazos, con un látigo y él también se dejaba pegar... ¡Vamos a ver esa copla!... ¿Por qué no cantas?... Pero además de cantar, ¿sabéis?, era de los que corrían mucho, delante de los

«civiles», en el pueblo... A correr nadie le ganaba, ni un galgo de carreras...

LA CANDELAS.— *(Abrazándole por detrás.)* ¡Vamos, a tomar el aire...!

EL TRALLA.— *(Que también se ha levantado.)* Vamos a darnos un garbeo por ahí, macho...

EL GONZÁLEZ.— *(Debatiéndose.)* ¡Que me dejéis..., que me dejéis digo...! Y que os calléis las mujeres..., que estoy hablando yo...

LA MATILDE.— *(Al MÁRQUEZ.)* ¡Vete, Márquez...!

EL GONZÁLEZ.— Ahora va a cantar el Márquez... por el Marchena... O si no, aquello de... *(Canturrea beodo.)* «Mi jaca / galopa y corta el viento...» Anda, Márquez, échate una copla, pa que la oigan estos señores, que son mis convidaos... ¿Eh?... Pero qué..., si ya no tienes vos, ya no tienes, na..., se acabó... ¡Ya no hay hombres en España...! *(Un violento puñetazo sobre la mesa.)*

(Silencio repentino.)

LA VIEJA FRANCESA.— ¡Ils sont saudaus!... ¡Ils sont ivres!... ¡Ils se tuerant...!

EL GONZÁLEZ.— *(Lloriqueando.)* ¡Ya no hay hombres en España!... Se pudrieron todos..., se amujeraron todos... Aquí y allí y en todas partes... *(A su mujer, que trata de abrazarle.)* ¡Déjame!... ¡Que me dejes!... ¡Que te doy...! *(Larga un puñetazo a la CANDELAS, que lo esquivó.)*

(De pronto, se oye el estallido de un cohete.)

EL TRALLA.— *(Alegre.)* ¡Ya están ahí...!

EL GONZÁLEZ.— *(Sobresaltado.)* Eh, ¿qué pasa? ¿Qué pasa?

EL CATALÁN.— Que empieza la traca, macho... Que ya ha venido el de los cohetes... Que estamos en fiesta como en nuestro pueblo... ¡Viva la vendimia!... ¡Vamos, vamos afuera...!

(Otro cohete.)

EL GONZÁLEZ.— ¡Bravo!... ¡Fuego...!

LA CANDELAS.— *(A los otros.)* ¡Llevároslo fuera..., llevároslo...!

(El CATALÁN y el TRALLA cogen a GONZÁLEZ y lo arrastran hacia fuera.)

EL TRALLA.— Macho, que ya suenan los cohetes... ¡Que vienen los toros de San Fermín...!

EL GONZÁLEZ.— ¿Que vienen los...? Vamos, vamos allá... *(Cuando va a salir se vuelve hacia las dos mujeres y el MÁRQUEZ, que mira obstinadamente el suelo.)* Vosotras, las mujeres, quedarse aquí, aquí para ponerse guapas, que esta noche hay baile... Nosotros vamos a... a partirnos los riñones con los enemigos...

EL TRALLA.— *(Dándole un empujón.)* ¡Venga, macho...!

EL GONZÁLEZ.— *(Señalando al MÁRQUEZ.)* ¿Y ése? ¿Ése? El «niño del peine sucio»..., ¿eh?... Ése también viene. *(Se abalanza hacia él y lo coge por una manga.)* Anda, vamos, vamos al ruedo, a vernos las caras... *(Le arrastra hacia fuera y él se deja arrastrar.)* *(La CANDELAS intenta salir y la rechaza el GONZÁLEZ.)* Las mujeres a arreglarse pa el baile de la noche... Pero nada de pintarse, ¿eh? Porque me quito la correa y...

EL TRALLA.— *(Otro empujón violento.)* ¡Vamos, jefe, vamos ya!... ¡Qué plomo el tío...! *(A punto de salir se vuelve también hacia las mujeres.)* Vosotras aquí..., que menda rubrica lo últimamente dicho por el señor González...

(Salen por fin todos. La CANDELAS queda apoyada en el marco de la puerta viéndoles marchar. La MATILDE, sentada en el sitio que ocupaba mirando el suelo cabizbaja. Estalla otro cohete en el silencio. Alborozo lejano.)

LA VIEJA FRANCESA.— ¡Ils sont ivres!... ¡Ils se tuerasent!

(Estremecimiento de las mujeres. La MATILDE se levanta irritada.)

LA MATILDE.— ¡Mala sombra!... Siempre le tiene que dar el vino igual... ¡Agua-fiestas!... Pues mira que el otro, el Márquez..., ¡vaya tío!..., ni abrir el pico... Vaya cara de cemento armao... *(A la CANDELAS.)* Estarás orgullosa, ¿eh? ¿Ése era el galán del pueblo? ¡Jésus, María, me muero de risa...!

(La CANDELAS sigue apoyada en la puerta. De vez en cuando, estallido de cohetes.)

LA VIEJA FRANCESA.— ¡Ivres!... ¡Salauds...!

LA MATILDE.— *(Rabiosa.)* ¿Se va a callar usted, agüela? ¡Qué nervios me pone!... Todo el santo día, de la mañana a la noche, con la misma historia... Y así desde el primer día... ¿Se callan? *(Pausa. A la CANDELAS.)*

Lo que debías hacer es echar a la vieja y no quedarte ahí alelada por tu... *(Con sarna.)* «amor»...

(Risa nerviosa. La MATILDE va al cuarto de la derecha y trae una palangana en la que vierte el agua de un cántaro que hay en un rincón, mientras sigue hablando.)

LA MATILDE.— Y yo que me había figurao..., ¡qué se yo!..., que era..., ¡no sé!, tanto ponderarlo... Y el primer día que lo veo en las vidas... ¡Madre, qué achuchón de risa!..., ni pa descalzar a mi Tralla... Y «aluego» con esos aires..., con esas hebillitas de metal y esos gemelos finos... ¡Si parece marica, Dios me perdone...! *(Ha echado agua en el palanganero y ha empezado a mojarse el pelo sentada en una silla baja y mirándose a un espejo roto que hay en la pared.)* *(A la CANDELAS.)* Pero bueno, ¿te ha dao un aire? ¡Cuidao con la mujer de Dios...! Pues sí que... *(Estallido de cohetes.)* ¡Anda, cafres, que son más cafres! ¡Huy, las ganas que tengo de volver al pueblo y acabar con todo esto y pudrirme tranquila! ¡Qué vida ésta, oyendo a la bruja esa... como si andara una entre cuchillos todo el día!... Y total pa nada... Pero mujer, ¿te has vuelto tonta?

(Va hacia la CANDELAS y la sacude.)

LA CANDELAS.— ¡Déjame, mujer...!

LA MATILDE.— Pero tú estás guillada, moza. ¡Mira que!... Si todos son iguales, si el que no es chulo es marica... Si conozco yo mejor a los hombres que tú... Anda, ven a arreglarte... Te voy a peinar... Te pondré un poco de colorete...

(La arrastra hacia el palanganero. Ella se deja arrastrar como sonámbula.)

LA MATILDE.— Te pongo un poco de colorete. Ni se dan cuenta...

LA CANDELAS.— (*Apartando la cara.*) Que me dejes, mujer...

LA MATILDE.— Pero ¡será boba!... Mírala... Tanto hablar, tanto decir... Que parece que se va a comer el mundo..., y «aluego»...

(La VIEJA se ha levantado despacio y ha entornado la puerta. Queda amortiguado el ruido de los cohetes. La MATILDE se encara furiosa con la VIEJA.)

LA MATILDE.— ¿Quién la manda cerrar la puerta, bruja?

LA CANDELAS.— (*Sujetándola.*) Déjala, mujer. Se está mejor así. Tanto sol hace daño.

LA MATILDE.— Pero ¿qué contra te pasa?

LA CANDELAS.— Y yo qué sé, mujer... Tengo una cosa muy rara...

LA MATILDE.— A ver si te ha dao mal el vino también...

LA CANDELAS.— Ni lo caté apenas...

LA MATILDE.— Pues la comida entonces...

LA CANDELAS.— No sé, mujer...

LA MATILDE.— (*Desesperada.*) ¡Bendito sea Dios...!

LA CANDELAS.— (*Levantándose repentina y desesperada.*) ¡Asco. Asco. Asco es lo que me da todo! ¡Estoy asqueada, estoy harta, Dios mío, harta de todo! De mí misma. De todo. ¡No puedo con esta vida, no puedo! Ardo. Voy todo el día como si tuviera fiebre. Igual que si tuviera fiebre. ¡Y todo es una porquería, una basura!... Ese hombre...

LA MATILDE.— ¿Quién, el Márquez?

LA CANDELAS.— (*Paseándose rabiosa.*) El Márquez... y el otro... y el otro...

LA MATILDE.— (*Con risa nerviosa.*) ¡Ay, madre... Las ganitas que tengo de volverme al pueblo...!

LA CANDELAS.— ¡Al pueblo!..., ¡al pueblo!..., a lo de siempre. A comer, a dormir, a trabajar, a...

LA MATILDE.— Pero, chavala, ¿te has vuelto loca? ¿Es que quieres acostarte con el Márquez? ¡Pues acuéstate de una vez y nos dejas tranquilos a todos! ¡Huy, qué chica más loca!... Mira, yo voy a seguir peinándome. (*A la VIEJA.*) Y usted, so bruja, ¿se calla o se larga? ¿Me ha oído?

LA CANDELAS.— Mira si no se mataran... Eso es lo que hacía falta... Que se pelearan, que corriera la sangre de una vez... ¡Siempre la misma historia...!

LA MATILDE.— ¿Matarse? Ja, ja... Lo que es eso... Todos son valientes de boca: pero en cuanto llega el momento: nequaquam... Ya has visto hoy a tu Márquez, el pico cerrado pa que no entren moscas... Las mujeres sí que somos capaces de sacar las castañas del fuego... Los hombres: ahí los tienes, cantando...

(Llega entre el estallido de los cohetes el canto de los hombres. Eso de «no hay quien pueda / con las gentes de esta tierra»...)

LA MATILDE.— *(Sigue peinándose.)* En teniendo vino y tabaco, ellos a vivir... Y si «aluego» tienen una que les caliente el jergón, ¿pa qué mas? Bueno, los hombres... Tú dices que si nosotras, las mozas de ahora, no sabemos de la vida... Nos enseñarás tú, que te has pasado la vida bordando enaguas y mirando detrás de la ventana... a ver si venía... el Márquez... *(Risas.)*

LA CANDELAS.— ¿Te vas a callar de una vez?

LA MATILDE.— ¡No!, no me voy a callar. No me da la gana de callar. Para algo tengo lengua. ¡Y estoy hasta la coronilla de verte con esa cara de pascua! ¡Que te has pasao toda la vendimia, rica, que pa qué..., que yo que te aguantó lo sé y nadie más..., que tu marido con tener la bota a punto y lo otro, nada; pero que con eso de pasarnos las dos aquí, mano a mano, me has dao una vendimia que en cuanto llegue a mi casa, echo la puerta, la clavo y si te he visto no me acuerdo, rica, que también se cansa una de aguantar gaitas!... ¿Que quieres acostarte con el Márquez? Pues eso, más hacer y menos hablar..., que todas os pasáis la vida hablando. Y una se cansa de escuchar, pa que te enteres. *(Transición y pausa.)* Anda, mujer, arréglate. Esta noche hay baile. Los hombres estarán alumbradillos y es la nuestra. Podemos sacar el estómago de mal año... antes de encerrarnos en el invierno...

LA CANDELAS.— *(Como despertando.)* Dios te oiga, mujer... porque si no pasa lo que tiene que pasar...

LA MATILDE.— *(Encarándose a ella.)* ¿Qué?

LA CANDELAS.— ¡Que me mato!... ¡Que me doy un tajo en el cuello!... ¡Por éstas...!

- LA MATILDE.— (*Soltando una carcajada.*) ¡Huuuy!..., ¡qué miedo!... ¡Madre, la de veces que te tengo oído lo mismo!...
- LA CANDELAS.— (*Fuera de sí.*) ¿Que no?... ¡Vas a ver!... (*Corre nerviosa hacia la mesa e intenta coger un cuchillo. La MATILDE la detiene y sujeta. Forcejean.*)
- LA MATILDE.— ¿Te vas a estar tranquila?... ¿Te vas a sosegar?... ¿To... (*Se vuelve repentina a la VIEJA, que está en acecho, y, soltando a la CANDELAS, se dirige enfurecida a la VIEJA.*) ¡Y usted a la calle!... ¡Ya se está largando pero que ahora mismo!... ¡Hale!... ¡Hale!... (*Arrastra a la VIEJA, que gruñe, hasta la puerta y luego cierra totalmente atrancando con el travesaño.*) ¡Hala!... ¡Ya está!... Así hay que hacer las cosas... (*A la CANDELAS.*) Y tú, a arreglarte... Y a fregar los cacharros, que no voy a hacerlo yo todo... Mira si hay trabajo por hacer..., conque... ¡al trabajo!... (*La CANDELAS sigue sin inmutarse.*) Y si no, mira: te tumbas un rato y duermes la mona, que yo creo que lo que tienes es una mona de padre y muy señor mío. Y yo me quedo más tranquila, que... (*Mientras hablaba se puso un delantal, trajo un cubo lleno de agua y empezó a meter en él los platos y cubiertos de la mesa. La CANDELAS se ha sentado y se sujeta la cabeza entre las manos. Cohetes ya lejanos. Atardece.*)
- LA MATILDE.— ¡Huy, lo tranquila que se queda una sin la vieja!... Mira que no habla nada, pero el que esté ahí como una amenaza te hace una cosa... Como que se queda una sorda, chica... (*Mirando a la CANDELAS.*) Anda, mujer, anda... A ver si se te pasa el achuchón... También tengo yo lo mío, no creas (*Está fregando los cacharros arrodillada junto al cubo.*) Pues no tengo yo llorao sola, sin que nadie se entere, que yo no doy cuenta a nadie... Me guardo las penas para mí sola..., como debe ser... Mira que cuando lo de la Trini, no me digas que no fue cruz... ¡La mala zorra cómo me trajo a mi Tralla!... Y él a pegarme encima... Y todo el pueblo de cachondeo... Yo: metida en casa, llorando..., ¡porque no quería dar la satisfacción a mis enemigos de verme llorar!... Hasta que hice lo que tenía que hacer y nada más... Y ya has visto. Desde entonces, como una seda... ¡A ver! (*Friega con rabia.*) Y tú, pues lo que tienes que hacer es una de dos: o acostarte de una vez con el Márquez de las narices, o volverte al pueblo como has venido. Y a vivir. Lo que no se puede es estar lloriqueando y siempre con lo mismo, que sí, que no, que... Porque si te crees que el González le va a matar por ti y si te crees

que el Márquez te va a raptar y va a matar al otro, estás lista. Juraría, Dios me perdone, que ahora están dale que dale, trago va y trago viene, muy juntitos, muy compadres, y nosotras... ¡a fregar...! ¡Mala pasote!... *(Rompe a cantar estentórea.)* «Tengo una vaca lechera, / no es una vaca cualquiera...» *(Se yergue extrañada cuando ve a la CANDELAS que se dirige furiosa a la habitación y se tumba boca abajo sobre un jergón. Atardece. Ya no hay cohetes.)*

LA MATILDE.— ¡Vaya!... ¡Bendito sea Dios!... ¡Qué bien se está sola!... ¡Madre, qué tranquilidad!...

(Friega y sólo se oye el ruido de los cacharros. Luego los va secando y los coloca en hilera junto a la mesa, en el suelo.)

(Tras la ventana de la derecha ha aparecido el rostro de MÁRQUEZ, que viene algo bebido y «dispuesto a todo». La MATILDE va guardando los cacharros en un cajón de madera.)

EL MÁRQUEZ.— *(Llamando a CANDELAS tras la reja.)* ¡Candelas!... ¡Candelas!... ¿Qué tienes, mujer?...

LA CANDELAS.— *(Se yergue despacio y le mira.)* ¡Anda allá, marica, que eres un marica...!

(Hablan en susurro, por lo que la MATILDE no se da cuenta de nada.)

EL MÁRQUEZ.— ¡Ábreme, Candelas! Tu marido está como una cuba. Da saltos como un mono. ¡Ábreme, chavala...!

LA CANDELAS.— No tiene vergüenza... ¡Cobarde!... ¡Me das asco...!

EL MÁRQUEZ.— *(Muy cínico.)* O si no: háblame detrás de la reja... Vamos a pelar la pava, Candeliyas... ¡Uy, madre!... Las ganas que tenía yo de pelar la pava, como en España. Anda, bonita, ven. Ven, que a ti si que te voy a cantar una copla. Anda, chavala... Te voy a cantar aquello: *(Canta.)* «Mi jaca / galopa y corta el viento / cuando pasa por el Puerto / caminito de Jerez...».

(La MATILDE ha oído la copla. Deja todo y se asoma a la derecha, y al ver al MÁRQUEZ tras la reja y a la CANDELAS que ya se acercaba hacia él, va a la puerta, la abre, sale y a poco vuelve a aparecer arrastrando de un brazo al MÁRQUEZ, que se ríe con risa algo beoda. Lo lleva hasta donde está la CANDELAS y le tira en sus brazos de un empujón. La pareja se abraza emocionada. Mientras los dos hablan, la MATILDE termina de guardar los cacharros y luego coge de un saco un montón de patatas que se echa al delantal, abre la puerta de par en par y se sienta en una silla de paja a pelar patatas. Ya es casi de noche.)

LA CANDELAS.— ¡Golfo!... ¡Golfo!..., ¡que eres un golfo!... ¡y un cobarde!...
Y siempre has sido igual...

EL MÁRQUEZ.— Anda ya, mujer... Si estás loca..., si te lo veo en los ojos... Si tenía que pasar. No tengas miedo, mujer. El González está ahí, plantao en la taberna... Dice que quiere comerse crudos a los franchutes...

LA CANDELAS.— Sois todos unos guarros... *(Se deja besar.)*

EL MÁRQUEZ.— Y venga a darle a aquello: que si llorábamos, que si no llorábamos. ¡Como una cuba, chica, como una cuba...!

LA CANDELAS.— *(Rendida.)* Me tienes loca, Márquez. Loquita me tienes...

EL MÁRQUEZ.— ¿Y vas a irte allá abajo?... ¿Con esa bestia? Tu y yo nos quedamos aquí... Vas a ver vida...

(Besos.)

LA MATILDE.— *(Moviendo la cabeza.)* Los papeles que tiene que hacer una...

EL MÁRQUEZ.— Ahora están cantando «Asturias, patria querida»... *(Se ríe.)*
¡Ay, cómo te idolatro, Candelas...!

LA CANDELAS.— Me estás haciendo daño, canalla...

EL MÁRQUEZ.— Y si te vas a ese país odioso, me voy detrás tuyo, pase lo que pase, y quemo el pueblo y te llevo a caballo entre las llamas... ¡Negra!...

LA CANDELAS.— ¡Loco, loco!..., ¡eres más loco!... ¡Siempre has sido igual!...
¡Que me haces daño...!

(La mano de la CANDELAS corre la cortina que hay delante del jergón y se oculta la pareja. Noche. La MATILDE

sigue sentada en la puerta. Se oyen lejanos los cantos de los hombres. De pronto, la MATILDE se pone en pie y coge una patata y hace ademán de ir a arrojarla sobre alguien.)

LA MATILDE.— Aquí no te acerques, bruja, que eres una bruja. ¡Fuera, fuera!... Te largo un patatazo... *(Vuelven a sentarse.)* ¡Jesús, qué peste de mujer y las ganas que tengo de perderla de vista!

(Aparece la VECINA.)

VECINA.— ¿Por qué no dejas entrar a la vieja? ¿Qué daño te hace? ¿No te da lástima?

LA MATILDE.— *(Desafiante.)* ¡No, no me da lástima!... ¡En mi casa mando yo...!

VECINA.— ¡Ya se ve que te has criado donde no hay caridad ni amor al prójimo...

LA MATILDE.— ¡Me he criado donde me sale de las narices!... ¡Y basta, que tengo prisa!...

VECINA.— Hay que ver qué mujeres. No hay más que verlas para saber de dónde vienen...

LA MATILDE.— *(Levantándose.)* Pero, oye, ¿es que me vas a soltar tú otro sermón? ¡Que no te lo consiento!... ¿Oyes?...

VECINA.— ¡Anda ya, zarrapastrosa!... Más te valiera haberte quedao en tu tierra y no traernos aquí tus piojos...

LA MATILDE.— *(Fuera de sí se lanza hacia la otra, que sale corriendo.)* ¡Uy, la tía esta!..., ¡que la degüello!... *(Le tira una patata.)* ¡Yo zarrapastrosa y tú una mala zorra! *(A gritos.)* ¡Que eso es lo que eres!... ¡Renegá!..., ¡zorra!..., ¡zorra!... *(Se sienta de nuevo enfurruñada.)* ¡La tía zorra!... Vamos que... Está una tan tranquila en su casa sin meterse con nadie y vienen a provocarla a una... ¡Vamos que!... ¡Huy, madre, lo que tengo yo sufrido en esta cochina tierra y las ganas que tengo de volverme al pueblo!... ¡Pero qué malas zorras! Siempre con lo mismo... La culpa la tengo yo, yo sola. Por meterme a... Y dice que no tengo caridad. Vamos que... Y estoy aquí, como una... imbécil, haciendo de... Dios me perdone... Y «aluego» dice que no tengo caridad... Si no fuera que... *(Se le-*

vanta, de pronto, sobresaltada.) ¡Anda, salero!..., ahora vienen éstos... ¡Madre, qué susto!... ¡Y cómo vienen!... (*Va corriendo hacia donde los amantes.*) ¡Márquez, Márquez, que vienen!... ¡Y cómo vienen!... ¡Márquez!

(Vuelve a la puerta temerosa. Se abre la cortina y sale pálida la CANDELAS con el pelo revuelto. Asoma también la cabeza MÁRQUEZ.)

LA MATILDE.— ¡Ay, madre, y cómo vienen! Si no se tienen de pie. ¡Santa María, Madre de Dios!... (*A la CANDELAS.*) ¡Que no salga ahora..., que van a verlo..., que se esconda!... (*El MÁRQUEZ ha desaparecido tras las cortinas.*)

LA MATILDE.— (*A la CANDELAS, que se arregla deprisa el vestido.*) Anda, siéntate aquí y toma. (*Le echa un puñado de patatas en la falda.*) Haz como si nada... ¡Madre, cómo vienen estos hombres...!

(Se oye el canto de los hombres.)

LA MATILDE.— ¡Que se esté escondido!... Hoy nos matan..., nos matan...

LA CANDELAS.— ¡Virgen Santísima!

(Aparecen en la puerta el TRALLA y el GONZÁLEZ abrazados y canturreando. Detrás, el CATALÁN con la bota en bandolera y otro par de MOZOS.)

EL GONZÁLEZ.— (*Borracho.*) ¡Viva España!... Sí, señor... ¿Que no?...

EL TRALLA.— ¡Que sí, macho!... ¡Que viva España y que mueran los franchutes...!

LA MATILDE.— Madre, la que han cogido...

EL GONZÁLEZ.— Hoy es fiesta..., hoy todos somos hermanos... ¡Viva España...!

EL TRALLA.— Y vosotras, a vestirse enseguida... ¿Me oís?... Hoy somos los amos...

EL CATALÁN.— Bueno, ¿qué?... ¿Encendemos o no encendemos la hoguera?

EL TRALLA.— ¡La hoguera...!

EL GONZÁLEZ.— ¡La hoguera, chaval! ¡Hay que encender la hoguera...!

EL CATALÁN.— Leña. Hace falta leña... Mucha leña...

EL TRALLA.— (*A gritos.*) ¡Madera!... ¿Dónde hay madera?

LA CANDELAS.— ¡Ay, madre!..., ¿qué quieren hacer estos hombres?...

EL GONZÁLEZ.— Callarse las mujeres... ¡Ahí están los cajones..., los co..., los cajones...!

(Va a ir hacia la derecha y la MATILDE se coloca ante él.)

LA MATILDE.— ¿Qué quieres, hombre?...

EL GONZÁLEZ.— ¡Madera...!

EL CATALÁN.— Es para encender una hoguera grande...

LA MATILDE.— ¡Estáis locos!... ¡Os van a meter en la cárcel!... ¡Estamos en Francia...!

EL GONZÁLEZ.— (*Dándola un empellón.*) ¡Quita ya, mujer!... ¡Viva España!...

LA MATILDE.— (*Al ver la decisión de los hombres y para evitar que entren donde se esconde el MÁRQUEZ.*) ¡Aquí tenéis madera: la mesa, los taburetes...!

EL TRALLA.— ¿Y «aluego» dónde comemos?

EL GONZÁLEZ.— (*Que empieza a coger los taburetes.*) ¿Y pa qué los precisamos?... Si ya nos vamos de esta cochina tierra... ¡Afuera con la mesa!... Chavales, ayudarme... Vamos a hacer una hoguera de miedo... ¡Viva la vendimia...!

(Entre todos van sacando los muebles.)

EL GONZÁLEZ.— ¡Viva Fran!..., digo, ¡viva España y muera...! (*El TRALLA le tapa la boca.*) Déjame marica, que también tú eres un marica...

(Las mujeres están aterrorizadas. Los hombres van sacando alegres los utensilios y las mujeres les ayudan para evitar que descubran al MÁRQUEZ.)

LA MATILDE.— (*Divertida.*) ¡Madre, la que han organizao...!

(Salen los hombres. Las mujeres, horrorizadas, miran hacia la derecha. Desde fuera llegan distintas frases: «Aquí

hay lumbre», «Hace falta paja macho», «Tú, Catalán, trae aquella paja», etc.)

LA CANDELAS.— *(Yendo hacia el jergón donde se oculta el MÁRQUEZ.)* ¡Corre..., ahora!... Están encendiendo una hoguera... ¡Que no te vean, por todos los santos...

EL MÁRQUEZ.— *(Muy tranquilo.)* ¡Qué van a ver!... si están ciegos de vino... ¡Dame un beso! *(Se besan al tiempo que empieza a verse el resplandor de la hoguera y estallan los gritos de los hombres.)*

LA CANDELAS.— ¡Estás loco!... ¡Vete de una vez!... ¡Huy, qué loco es este hombre...!

(Entra corriendo el CATALÁN y uno de los mozos sin reparar en el MÁRQUEZ.)

EL CATALÁN.— ¡Más fusta!... ¡más fusta!...

(La MATILDE le da los últimos cajones. El MÁRQUEZ se dispone a salir cuando entran el GONZÁLEZ y el TRALLA, que tampoco reparan en él.)

EL TRALLA.— ¡La puerta. Ahora, la puerta...!

EL GONZÁLEZ.— *(Al ver de pronto al MÁRQUEZ.)* ¡Hombre..., si está aquí el franchute!... ¡Viva España!...

EL MÁRQUEZ.— *(Asustado.)* ¡Viva España...!

EL GONZÁLEZ.— *(Echándole un brazo por el hombro.)* ¡Bravo, eres un tío bueno, Márquez!... Tú, Tralla, dale un trago a éste... *(El TRALLA le trae la bota y el otro bebe.)*

EL GONZÁLEZ.— Es un tío bueno, ¿no? Y hoy todos somos hermanos...

EL TRALLA.— ¡Viva España!... ¡Hoy la armamos, macho, hoy la armamos!...

EL GONZÁLEZ.— Sí señor. Eres un tío bueno, Márquez... Tú te vienes con nosotros a España, a tu tierra, macho...

(En el fondo, abrazados y mirando la hoguera, los DOS MOZOS y la MATILDE cantan lo de «No hay quien pueda».)

EL GONZÁLEZ.— ¡Y ahora, silencio! ¡Que voy a hablar!... ¡Voy a ...!

(Entra el CATALÁN. La escena se llena de resplandor rojo.)

EL CATALÁN.— ¡Mirar, mirar!... ¡Qué hoguera!... ¡Como en mi tierra...!

EL GONZÁLEZ.— Eres un tío estupendo, Catalán. Así me gustan los hombres...

Tú, Márquez, échate un trago y canta... *(A las mujeres.)* ¿Y vosotras qué hacéis ahí como dos cuervos? Salir a bailar en la hoguera... Vaya hoguera... Todo el pueblo está de color rojo..., rojo... Así somos los hombres de allá.... ¡Venga, a cantar todo el mundo, que hoy es fiesta!...

TODOS.— *(Cantando.)* «No hay quien pueda..., no hay quien pueda...»

(Aparece de pronto en el umbral la VIEJA, asustada. Destaca sobre el resplandor rojo.)

EL GONZÁLEZ.— ¡La vieja, la vieja!... ¡A la hoguera la vieja!...

(Entre risotadas se acerca a la VIEJA y la levanta en vilo. Grito de horror de todos, que acuden a sujetarlo.)

LA MATILDE.— ¡Bruto, bestia...!

EL GONZÁLEZ.— ¡La quiero mucho a la vieja!... ¡Un trago a la vieja!... ¡Viva España, vieja!... ¡Viva España!... ¡Un trago a la vieja!...

(El CATALÁN y el TRALLA, entre risas, logran liberar a la VIEJA y la hacen beber a la fuerza de la bota. La VIEJA intenta gritar casi asfixiada. Por fin el MÁRQUEZ la libera y se pone a bailar con ella cogiéndola de las manos mientras los otros hacen corro alrededor con palmas.)

LA MATILDE.— ¡Pero qué cafres!..., ¡qué cafres!

(El MÁRQUEZ suelta al fin a la VIEJA, que cae mareada. La CANDELAS está abrazada al GONZÁLEZ, que la mira fijamente a la cara.)

EL GONZÁLEZ.— ¡Huy, qué requetebonita estás así!... ¡Con el fuego en la cara!
¡Huy!...

(La besa.)

EL TRALLA.— *(Al MÁRQUEZ.)* Eres un tío macho, Márquez... ¡Echa un trago!...

EL GONZÁLEZ.— *(Yendo beodo hacia el MÁRQUEZ.)* ¡Sí señor!... ¡Eres un tío bueno!... ¡Y eres mi hermano!... Porque hoy todos somos hermanos... Ya nadie se acuerda de nada...

(Se abrazan los dos mientras los demás rompen en carcajadas.)

EL GONZÁLEZ.— ¡Tú te vienes con nosotros a España... A trabajar en la aceituna...!

(Estallido de cohetes. Alborozo.)

EL GONZÁLEZ.— *(Que vuelve a abrazar al MÁRQUEZ.)* ¡Porque eres mi hermano!...

(La MATILDE se persigna horrorizada. Resplandor de la hoguera. Cohetes, alboroto y telón.)

ACTO TERCERO

La misma decoración. Corridas las cortinas de la derecha, que ocultan los jergones donde deben dormir las parejas. Es por la mañana temprano. En la estancia hay restos de los excesos del día anterior: cascos rotos de botellas, astillas, etc. Se abre una de las cortinillas y aparece el GONZÁLEZ, despeinado y sucio, terminándose de vestir. Cruza la escena con paso sonámbulo y se dirige a la puerta del fondo. La abre lentamente. Está lloviendo. Contempla el cielo con tristeza. Escupe. Se apoya en el marco de la puerta y se revuelve el pelo con la mano.

EL GONZÁLEZ.— Lloviendo... *(Vuelve a escupir en el suelo.) (Se dirige a un rincón y saca un palanganero, echa agua en la jofaina de un cubo y se lava por encima. Saca un peine del bolsillo del pantalón y se peina, sin mirarse apenas, en el trozo de espejo que hay colgado en la pared. Luego saca un cigarrillo, lo enciende lentamente y, luego de echar una bocanada de humo, se dirige al jergón donde duerme su mujer.)*

EL GONZÁLEZ.— Eh... Candelas... Despierta, mujer...

VOZ DE LA CANDELAS.— *(Tras las cortinas.)* ¿Eh?... ¿Qué hora es?...

EL GONZÁLEZ.— No sé qué hora es... Hay que levantarse... Nos vamos...

LA CANDELAS.— ¿Que nos vamos?...

EL GONZÁLEZ.— Sí, y cuanto antes, mejor... Hay mucho que andar... Aviva...
Y despierta a éstos...

VOZ DE LA CANDELAS.— Qué sueño tengo. Me da vueltas la cabeza, chico.
Qué día ayer...

EL GONZÁLEZ.— Bueno. Basta de hablar. Levántate. Y que se levanten ésos...
(Se dirige hacia donde está el otro jergón.) Eh... Tralla y Matilde...
 Arriba... Arriba, que es hora...

MURMULLOS DE LOS OTROS DOS.— ¿Qué pasa?... ¿Qué hora es?... Huy, qué sueño...

EL GONZÁLEZ.— Venga, levanta, so... Nos vamos enseguida. Que hay mucho
 que andar... A ver si podemos coger el correo.

VOZ DEL TRALLA.— Déjanos tranquilos, González. «Aluego» dices que no
 eres un mandón...

EL GONZÁLEZ.— No empecéis ya cabreándome de buena mañana. Digo que
 os levantéis, gandules... *(Para sí.)* Qué dolor de cabeza... *(Contempla la
 estancia y retira con los pies unos cuantos cascos rotos de botellas.)*

*(Sale la CANDELAS con el pelo suelto, amundándose en
 un moño.)*

LA CANDELAS.— Me da vueltas la cabeza...

EL GONZÁLEZ.— *(Apoyado en el marco de la puerta, mira caer la lluvia.)* A
 ver si andas ligera. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor...

LA CANDELAS.— Ya empiezas a gruñir de buena mañana...

*(La MATILDE se empieza a poner las horquillas que tiene
 entre la boca, mirándose al espejo.)*

LA CANDELAS.— Más ganas que tengas tú de irte las tengo yo. Asco de vendi-
 mia...

EL GONZÁLEZ.— Ya nos vamos. Se ha hecho buena vendimia. Ahora, si se da
 bien la aceituna por allá abajo..., ¿sabes lo que voy a hacer? Voy a ver si
 puedo comprar la punta de olivos de Contreras. Como haya suerte, la compro.
 Y si Dios quiere, ya no tenemos que venir aquí ni ir a ninguna parte. En
 sabiéndose administrar, fenómeno. No tienes que estar bajo nadie, ni
 ir de un sitio a otro como los gitanos. Ya es hora... Sale uno por la mañana
 en el carro, carretera adelante, y «aluego» vuelve uno al ponerse el sol y
 se mete en la casa y nadie tiene que meterse en las cosas de uno. No hay
 que aguantar nada... Las ganas que tengo de vivir tranquilo, mujer...

*(La CANDELAS, malhumorada, no dice nada y sigue colo-
 cándose las horquillas.)*

EL GONZÁLEZ.— *(Va hacia ella enfadado.)* Pero ¿te vas a dar prisa, mujer?

LA CANDELAS.— Jolín con el tío... ¿Es que vas a empezar de buena mañana a arrearne como si fuera un burro de carga?

EL GONZÁLEZ.— Es que ya se ha terminao todo, ¿sabes? Se acabó...

(La CANDELAS se vuelve airada y, al hacerlo, se le cae una horquilla.)

LA CANDELAS.— *(Encarándose.)* ¿El qué se acabó?...

EL GONZÁLEZ.— *(Con voz autoritaria y absoluta.)* Todo...

LA CANDELAS.— ¿Todo? ¿Qué todo? ¿Es que ha empezao algo u qué...?

EL GONZÁLEZ.— No me hagas cabrear. Digo que ahora en cuanto que lleguemos te meto entre cuatro paredes, te tapio la puerta, fíjate, y no te ve ni Dios...

LA CANDELAS.— Pero, bueno, ¿es que me vas a dar el día?...

EL GONZÁLEZ.— Te juro que ya no salimos del pueblo... Ni del pueblo, ni de la casa... Me compro el olivar y trabajamos los dos juntos. Y en mi casa no entra nadie...

LA CANDELAS.— Pero ¿es que hemos dejao de trabajar juntos alguna vez? ¿Es que me he separao de ti? ¿Es que me he propasao u qué?

EL GONZÁLEZ.— No me hagas hablar, que no estoy pa cháchara. Y hay mucho que hacer, conque aviva...

LA CANDELAS.— *(Enfadada.)* Pues cualquiera que te oyera diría que yo soy una... cualquiera. Vamos que... lo que me faltaba... En cambio él si puede. Él sí puede. Él sí puede venir con una tajada de caballo dando el «espectáculo»... Vergüenza te debiera dar...

EL GONZÁLEZ.— Cállate...

LA CANDELAS.— No me da la gana... El «espectáculo» que disteis ayer aquí... Entre gente extraña... ¿Qué dirán de nosotros?...

EL GONZÁLEZ.— No hagas que me cabree...

LA CANDELAS.— *(Mientras saca las cosas y va amontonándolas; maletas, etcétera.)* Date con la cabeza contra las paredes, chaval... No te gusta que te digan la verdad, porque te pica, ¿eh?...

EL GONZÁLEZ.— Que te voy a sacudir. Mira que estoy muy harto. Que me he pasao la vida amenazándote, pero que un día voy a empezar de verdad...

LA CANDELAS.— Vida... La vida de una... Siempre encerrada entre cuatro paredes... y «aluego» como un perro. Al fin y al cabo yo no quería venir a la vendimia. Fuiste tú el que te empeñaste. Porque cuando te se mete

una cosa en la mollera, ni Dios te la saca. Te dio por la vendimia de Francia... y a la vendimia de Francia... Hale..., a dar el «espetáculo» nada más... Todo porque otros se habían hecho de oro aquí... Ya ves tú qué oro nos llevamos nosotros: bilis y mala sangre nada más...

(El GONZÁLEZ se pasea nervioso conteniéndose los nervios.)

LA CANDELAS.— *(Luego de una pausa.)* Oye, y, hablando de otra cosa, ¿dónde se habrá metido la vieja?

EL GONZÁLEZ.— ¿Qué vieja?

LA CANDELAS.— ¿Qué vieja va a ser? ¿Es que te dura todavía la trompa? La vieja, que no ha dormido esta noche aquí. El susto que la distéis. Pobre mujer. Ésa si nos va echa a correr... Mira que sois brutos los hombres... Ni los toros bravos son tan salvajes como vosotros... La pobre vieja... Madre, y la vendimia que nos ha dao también la vieja... Mira que yo no quería venir... Que vine a esta tierra ahorcada, pa que lo sepas...

(GONZÁLEZ va hacia su mujer y levanta el puño.)

EL GONZÁLEZ.— ¿Te vas a callar?

LA CANDELAS.— Anda..., pégame, pégame si con eso te quedas tranquilo...

(Aparece el TRALLA abrochándose la hebilla del cinturón.)

EL TRALLA.— ¿Qué? ¿Ya estáis así de buena mañana?... Chaval, qué resaca tengo...

EL GONZÁLEZ.— *(Que ha vuelto a apoyarse en la puerta.)* Pues si quieres, te quedas en la cama... Ésta y yo nos largamos. Las ganas que tengo yo de dejar este cochino pueblo de una vez...

EL TRALLA.— *(Mientras se peina.)* Y yo, chaval. Hay que ver cómo tira la tierra de uno, macho. Mira que no hace ni dos meses que salimos de allá y me parece que son años. Que tira la tierra de uno. Yo no me lo quería creer cuando le decían: pamplinas, decía yo, sentimentalismo. Pero sí, chaval, sí que tira la tierra. Lo que es un servidor, en cuanto vea el campanario de la iglesia... Madre... Me parece que beso el suelo, fíjate...

EL GONZÁLEZ.— Sí, pues sí que tienes tú mucho que hablar... Te has tirao mala vendimia, ¿no? Si has ido de soplo en soplo... Si te dejan, te bebes toda la vendimia... Y otras cosas que me callo... Tenemos tantas cosas que callarnos...

EL TRALLA.— No ha sido mala vendimia, no. Si dijera otra cosa, mentiría... Pero también le tiene ley uno a su pedazo de tierra... Y no lo quería creer, ya ves tú...

(Sale la MATILDE, que se dirige derecha hacia el GONZÁLEZ.)

LA MATILDE.— Oye, González, ¿qué querías decir con eso?

EL GONZÁLEZ.— ¿Con qué?

LA MATILDE.— Con eso de que tenáis cosas que callaros, ¿eh?

EL TRALLA.— *(Cogiendo a su mujer por los hombros.)* Oye, guapa, a avivar, que la Candelas no lo va a hacer todo. ¿Estamos?

LA MATILDE.— *(Debatiéndose.)* Es que si vosotros tenéis cosas de qué callarse, también yo podría hablar si me diese la gana...

EL TRALLA.— Toma..., y yo partirte la boca. ¿Y qué?...

(La MATILDE, enfurruñada, va a ayudar a la CANDELAS.)

EL TRALLA.— *(Al GONZÁLEZ.)* ¿Decías?...

EL GONZÁLEZ.— Nada. Eso..., que vosotros los chavales no sabéis nada de nada...

EL TRALLA.— Hombre, a mí se me representa que algo se va aprendiendo...

EL GONZÁLEZ.— *(Animado a hablar.)* Es que vosotros los chavales, como digo, no sabéis lo que es de verdad estar lejos de la tierra de uno... Yo sí que sé eso... Cuando estuvimos aquí, allá por el año 39, cuando terminó la guerra. Tú no puedes representarte aquello. Metidos en un trozo de tierra extraña y con unos tíos negros como la noche que te vigilaban sin parar... Ni mover un dedo podía, ni hablar con un paisano sin que te oyeran... Que te cuente el Márquez...

EL TRALLA.— Jolín con el tío... Hasta el último día me vas a estar dando la tabarra con la misma historia. Mira que tiene uno aguante. ¿Sabes lo que te pasa, González? Pues te lo voy a decir: que te estás volviendo viejo...

EL GONZÁLEZ.— ¿Qué?...

EL TRALLA.— Viejo, viejales...

- LA CANDELAS.— (*Mientras arregla el equipaje.*) Pero no está viejo pa beber, descuida...
- EL TRALLA.— Sí, hombre, sí... Eso de andar todo el día de Dios recordando es cosa de viejos. Que el tiempo no pasa en balde, chaval...
- EL GONZÁLEZ.— Qué sabes tú...
- EL TRALLA.— Y eso de querer comprar los olivos y meterse en casita al calor de la lumbre y...
- EL GONZÁLEZ.— Bueno, al fin y al cabo me iré volviendo viejo. No le digo que no. Pero tú, vosotros, con vuestros veinte años, habéis sido siempre más viejos que yo pueda serlo ahora. Al menos lo he vivido...
- LA MATILDE.— Y bebido también..., y otras cosas que me callo.
- LA CANDELAS.— No seas cordelera, maja...
- EL GONZÁLEZ.— (*Enfadado.*) Y si no os gusto, os largáis todos. Y me quedo solo, que pa sufrir no se necesita compañía...
- EL TRALLA.— Olé...
- LA CANDELAS.— Dichoso vino y dichosos todos...
- EL TRALLA.— (*A las mujeres.*) Venga, y vosotras dejarse de cháchara y trabajar. A ver si voy a tener que ir yo...
- LA MATILDE.— HUUUY, qué miedo...
- EL TRALLA.— (*Al GONZÁLEZ.*) Nada, chaval... Se ha hecho buena vendimia, ¿no?...
- EL GONZÁLEZ.— Sí, hombre. Eso es lo que vale...
- EL TRALLA.— Pues claro...
- EL GONZÁLEZ.— Podemos volver con la frente muy alta, porque nos lo hemos ganao, ¿no?
- EL TRALLA.— A ver... Y yo me voy a comprar una pelliza con solapa de piel de borrego blanca, que...
- LA MATILDE.— Sí, te vas a comprar... Lo que es eso... ¿Es que no necesitamos otras cosas?
- EL TRALLA.— (*A la MATILDE.*) ¿Qué tienes tú que decir?
- LA MATILDE.— (*Encarada.*) Muchas cosas. Que me tienes harta. Y que como yo me entere de algo que...
- EL TRALLA.— ¿Qué? ¿Qué?... ¿Qué tienes que enterarte?
- LA MATILDE.— Mira, Tralla, no me hagas hablar... Que si crees que se me ha olvidao lo de la Trini, estás pero que muy equivocadito...
- EL TRALLA.— Anda allá, chavala y límpiate... Pero ¡será boba la tía!

LA MATILDE.— Que ya está una harta, harta de ver tanto y tanto, y de llorar tanto también y tragarse las lágrimas una... Que ya no puedo más de sufrir. Pa que lo sepas. Que sois una panda de chulos todos, que... (*Llora.*)

LA CANDELAS.— Lástima de rayo que nos cayera y se nos comiera a todos de una vez.

EL TRALLA.— (*Muy chulo, a GONZÁLEZ.*) Huuuy..., oye..., y como se nos han levantado las parientas..., ¿qué te parece, González, si imponemos un poco nuestra autoridad?

EL GONZÁLEZ.— A mí me están poniendo... A la mía la voy a partir la boca...

LA MATILDE.— ¿Y no nos podéis echar una mano, eh? «Aluego» con irse por ahí de chateo... Y las mujeres trabajando como mulas... Pues yo no hago nada. (*Se sienta sobre el equipaje a medio hacer.*)

LA CANDELAS.— Y yo, ídem.

EL GONZÁLEZ.— Pero, bueno, ¿qué pasa aquí?

EL TRALLA.— (*Suavemente explicativo.*) Que si no hay marcha, chaval, el carro no anda...

(Ante la actitud de los hombres, las mujeres vuelven a la faena en actitud gimoteante.)

EL TRALLA.— ¿Y dónde se habrá metido la vieja, tú?

EL GONZÁLEZ.— ¿Y a ti que te importa?

EL TRALLA.— ¿A mí? Nada. Pues no tenía ganas de perderla de vista... Y también tenía ganas de marcharme, no creas..., y eso que..., ya ves tú..., ahora me da no se qué al dejar esto...

EL GONZÁLEZ.— Hombre, a mí, en tu lugar, también me daría pena...

EL TRALLA.— Dices de mí, pero tú también lo has pasao fetén, no digas...

LA CANDELAS.— No, si ya lo sabemos. Y nosotras como mulas trabajando y encerradas entre cuatro paredes como monjas, maldita sea...

EL TRALLA.— (*Sin hacer caso.*) Y que todo ha ido bien, macho. Porque mala ley, lo que se dice mala ley, no hemos encontrao en nadie, ¿no?

EL GONZÁLEZ.— Pues no...

EL TRALLA.— Porque el mismo Márquez, que parecía el más difícil, ya ves cómo al final, fue un amigo más... Y un buen tío en el fondo, ¿no?...

EL GONZÁLEZ.— Puede...

EL TRALLA.— Y el capataz aquel, el Tejerino, que me convidó después de que le partí los morros al día siguiente de llegar, ¿eh?

EL GONZÁLEZ.— Vaya...

EL TRALLA.— Y «aluego» jaleos de guardias y eso, nada... Digan lo que quieran, en esta tierra hay más libertad que allí. ¿No te parece?

EL GONZÁLEZ.— A mí no me lo preguntes, que yo tengo aquí metido lo de aquellos años...

EL TRALLA.— Sí, sí, ya..., aquellos años. Pero yo quiero decir, vamos es un suponer, que ahora nadie nos molestó, quiero decir en autoridades...

EL GONZÁLEZ.— Tampoco hemos dao motivos, me parece a mí...

EL TRALLA.— Eso según y cómo se mire..., porque ayer, sin ir más lejos, la armamos, ¿no?

EL GONZÁLEZ.— Hombre, una hoguera y un poco de vino...; eso...

EL TRALLA.— Y vino... y lo que no es vino...

LA MATILDE.— (*A la CANDELAS en voz alta para que la oigan ellos.*) Ahora quiere quemarme la sangre...

LA CANDELAS.— Más quemada me la tiene a mí...

EL TRALLA.— Pues yo digo, chaval, que si allá abajo hacemos lo que hemos hecho aquí...

EL GONZÁLEZ.— ¿Qué...?

EL TRALLA.— Que los civiles nos hacen «de» sentir...

EL GONZÁLEZ.— Bah..., pues no hemos hecho cosas peores...

EL TRALLA.— No se el qué..., dime tú...

EL GONZÁLEZ.— Esta tierra es una porquería, pa que lo sepas..., una porquería... Yo la odio. (*Escupe.*) Y no vuelvo a ella. La hago la cruz, mira. (*La hace.*) No vuelvo, te lo juro. Tengo muy sufrido esto. Y si he venido, ha sido a la fuerza; siempre vine a la fuerza a esta cochina tierra. O porque me trajeron las circunstancias o por el maldito dinero. Pero la odio...

EL TRALLA.— Bueno...

EL GONZÁLEZ.— Me gustaría ser como tú, chaval. No haber vivido. Como si hubiera caído de las ramas. Que eso tenéis vosotros los jóvenes...

EL TRALLA.— Pues yo, si puedo, el año que viene me tienes aquí...

LA MATILDE.— Sí, conmigo, ¿no? Lo que es eso... Claro... A saber lo que dejarás aquí...

EL TRALLA.— Tú vienes conmigo, pero atada, fíjate bien. Tú, delante...

LA MATILDE.— Ja, ja...

(*El TRALLA se dirige muy decidido hacia ella, y la CANDELAS, para cortar el percance, dice:*)

LA CANDELAS.— Bueno, ¿no podéis tampoco ayudarnos a atar las mantas?

EL TRALLA.— (*Rabioso.*) Trae acá...

(*Les ayuda a atar las mantas.*)

EL TRALLA.— (*Limpiándose el sudor.*) Jozú... ¿Y no hay algo pa comer?...

LA MATILDE.— Mírale en lo que piensa. No ha hecho más que agarrar la cuerda y ya está...

LA CANDELAS.— Si no piensan en otra cosa...

(*El TRALLA descuelga la bota y se la echa a los labios.*)

EL TRALLA.— Oye..., todavía queda. Y ya que no hay qué comer, beberemos.

Echa un trago, majo...

EL GONZÁLEZ.— No tengo gana...

EL TRALLA.— Pues es como mejor se quita la resaca. (*Observando al GONZÁLEZ.*) Hay que ver cómo estás, compadre... Parece como si..., qué se yo..., como si te hubieran quitao el alma en esta tierra... ¿Pa qué viniste entonces?...

EL GONZÁLEZ.— (*Pensativo.*) Como si me hubieran quitao el alma... Sí..., eso... No sé por qué vine. Pa volver humillao como siempre. Siempre vuelve uno humillao de todos los sitios, pa que lo sepas...

EL TRALLA.— Pero ¿qué te pasa ahora? (*A las mujeres.*) Y vosotras ¿qué miráis? ¿Por qué escucháis con tanta atención? (*Las mujeres vuelven al trabajo.*) ¿Qué es eso de volver humillao? Volvemos como has dicho antes. Con la cabeza alta y con unas perras, gracias a Dios...

EL GONZÁLEZ.— Sí..., es verdad. Llevás razón. No me hagas caso. Es lo que pasa siempre, cuando se ha bebido más de la cuenta...

LA CANDELAS.— ¿No te digo?

EL GONZÁLEZ.— (*Volviéndose a las mujeres.*) Bueno, ya me estoy cansando. A terminar eso en seguida y a largarnos. A ver si cruzamos hoy la raya...

(*Ante la puerta aparece el CATALÁN.*)

EL CATALÁN.— A los buenos días...

EL GONZÁLEZ.— Buenos días, hombre...

EL TRALLA.— Se le saluda al amigo...

EL CATALÁN.— Pero ¿qué pasa? ¿Ya nos vamos?

EL TRALLA.— Como lo ves...

EL CATALÁN.— Hombre..., pues sí que lo siento... Yo pensé que ibais a estar más días, ¿eh? Pero ¿os marcháis ahora mismo?

EL GONZÁLEZ.— Queremos cruzar la raya al mediodía...

EL CATALÁN.— Hombre... Es una lástima... Yo creí... (*Transición.*) Oye, os voy a dar un recaó pa un amigo que es carabinero, y así, si lleváis algo de contrabando..., ¿eh?..., os hará la vista gorda...

EL TRALLA.— Anda..., pues es verdad. No habíamos pensao en eso del contrabando... Estos catalanes son la «monda»...

EL CATALÁN.— Hombre, pues claro... Hay que ser un poco vivales, ¿no?

EL GONZÁLEZ.— Y «aluego» son todo líos... No, gracias...

LA MATILDE.— Dí que sí, Catalán... Hay que hacer por la vida... ¿Qué podemos llevar?

EL CATALÁN.— Pues muchas cosas..., café..., nilón de ése...

EL GONZÁLEZ.— Que no..., que no. Es tarde. Quiero cruzar la raya hoy mismo...

EL TRALLA.— Por esperar dos o tres horas no creo que perdamos nada. Vamos, digo yo...

EL GONZÁLEZ.— Que no... Que nos vamos. ¿Está listo todo?

LA CANDELAS.— Huy qué hombre. Qué burro es. Se le mete una cosa en la cabeza y no se la sacas ni con tenazas... Madre, qué hombre...

EL CATALÁN.— Bueno, nada... Yo lo digo porque para algo somos amigos, ¿no?

EL TRALLA.— ¿Y qué, Catalán? ¿Tú no te vienes por allí?

EL CATALÁN.— Hombre, ya me gustaría, ya... No creas que no tengo ganas. Pero ¿qué hago yo allí? Aquí tengo mi vida y...

EL GONZÁLEZ.— La vida no la tiene uno en ninguna parte. Sobre todo nosotros, los pobres. Vete a saber dónde iremos a parar. Ya ves tú... Yo también creí que nunca iba a volver allí, ni venir aquí. Y no hago más que dar vueltas. Que somos así. Parecemos máquinas del tren haciendo maniobras...

EL CATALÁN.— ¿Yo ir por allí?... Quitaa, hombre, quita... Ya lo conozco aquello. Y ya me gusta, ya... Pero hay cosas que no me gustan...

EL GONZÁLEZ.— Si todo lo que a uno no le gustara, no pudiera apechugar con ello..., teníamos que hacer un hoyo en la tierra y sepultarnos...

EL TRALLA.— No hagas caso a éste, que la resaca le ha dao por lo fúnebre...

EL CATALÁN.— Ja, ja... También yo estoy un poco raro... Al amigo Márquez se lo decía ahí tomando una copa... Que si se pensara en lo que viene después, uno no se emborrachaba...

EL TRALLA.— Y si uno no sopla..., ¿pa qué va a vivir? ¿Eh?

EL CATALÁN.— También es verdad. Hoy día, si no te alegras de vez en cuando, estás perdido... (*Mirando hacia la puerta.*) Hombre, aquí tenéis al Márquez...

EL GONZÁLEZ.— (*Sobresaltado.*) ¿Qué?...

EL CATALÁN.— (*Adelantándose a la puerta.*) ¿Qué pasa, Márquez? ¿Qué dices?

(*Entra el MÁRQUEZ jovial y satisfecho de sí.*)

EL MÁRQUEZ.— Buenos días nos de Dios..., como dicen allá abajo...

(*GONZÁLEZ se ha vuelto de espalda al MÁRQUEZ.*)

EL TRALLA.— Hola, majo...

LA CANDELAS.— Buenos días, hombre...

EL MÁRQUEZ.— ¿Qué hay de nuevo?

EL CATALÁN.— Ya ves. Que se nos van... Que se llevan la alegría, como quien dice... Que nos quedamos otra vez aquí... los cabales...

EL MÁRQUEZ.— ¿Ya os vais pa allá?... ¿A la bendita tierra?

EL CATALÁN.— (*Con sorna.*) ¿Qué? ¿No decías que te ibas a ir con ellos?

EL MÁRQUEZ.— ¿Quién? ¿Yo?

EL CATALÁN.— Eso decías ayer...

EL MÁRQUEZ.— ¿Quién se acuerda de ayer?... Estábamos bebidos. ¿No, González?

LA CANDELAS.— Tendrán mala sangre...

EL MÁRQUEZ.— Un servidor volverá allá... cuando llegue la hora...

EL TRALLA.— (*Avanzando un poco matón.*) ¿Qué hora?

EL MÁRQUEZ.— (*Despreciativo.*) Eres demasiado chaval para hablar de ciertas cosas...

EL TRALLA.— Si soy chaval..., también tengo derecho a preguntar, ¿no?

EL MÁRQUEZ.— Y yo no soy el cura párroco pa contestar a consultas de adolescentes...

EL GONZÁLEZ.— Bueno... Se acabó. Señores: ustedes lo pasen bien. Nos vamos...

(La CANDELAS no ha dejado de mirar al MÁRQUEZ.)

EL MÁRQUEZ.— Qué buenos modales... *(Al CATALÁN.)* ¿Verdad, tú? Pa que luego digan... Bueno..., ahí va mi mano...

(El GONZÁLEZ, que está cogiendo los bultos, se vuelve de espaldas.)

EL MÁRQUEZ.— *(Explicativo, al CATALÁN.)* Éste es como los carros; si no se engrasan las ruedas...

EL CATALÁN.— Bueno..., pues que tengáis buen viaje... Y ya digo, si...

EL MÁRQUEZ.— *(Que ha ido creciéndose.)* Y ya nos veremos, hombre, por allá abajo... ¿Eh, Candelas? Que las promesas son promesas...

(GONZÁLEZ tira los bultos. Avanza hacia el MÁRQUEZ y le coge por la pechera.)

EL GONZÁLEZ.— ¿De qué promesas estás hablando?

EL MÁRQUEZ.— *(Muy tranquilo.)* De nada, hombre. Maneras de hablar que tiene uno... Si a mí no me tira nada aquello... Pa que lo sepas. Porque todo, todo, fíjate bien, lo que podía desear de allí, ya lo he tenido... Conque... lo demás, pa que lo roan los perros...

(GONZÁLEZ hace un gesto de ira.)

EL GONZÁLEZ.— Vamos a ver. Vamos a hablar de una vez. ¿Qué quieres tú?

EL MÁRQUEZ.— Nada. ¿No te lo estoy diciendo?... Desearos un buen viaje...

EL GONZÁLEZ.— *(Fuera de sí.)* Márquez... Me has estao buscando años y años... Y si quieres encontrarme a última hora..., me vas a encontrar. Si crees que te he perdonao, estás equivocao. ¿Sabes? Porque nunca has sido capaz de dar la cara... Y ahora...

(Al ver la actitud que toman las cosas, el CATALÁN y el TRALLA se interponen entre los dos. Susto de las mujeres, que se acercan a sus maridos.)

LA CANDELAS.— Vámonos. Anda, vámonos. Ya está todo listo. A ver si salimos pronto de...

EL GONZÁLEZ.— *(Dando un empujón fuerte a la CANDELAS, que cae al suelo.)* Contigo ajustaré cuentas allá abajo... Con este...

EL MÁRQUEZ.— Si tú eres un desgraciao. Y siempre lo has sido. Tú en teniendo vino eres capaz de dejar la honra por los suelos...

(GONZÁLEZ con un rugido se ha desasido de todos y ha sacado la navaja.)

EL GONZÁLEZ.— Y a ti... por fin... te voy a partir el corazón...

(El MÁRQUEZ, tranquilo, a la defensiva, ha sacado también su navaja. Gritos de las mujeres. El CATALÁN y el TRALLA intentan separarlos.)

EL GONZÁLEZ.— Fuera..., fuera todo el mundo, que no respondo...

EL CATALÁN.— *(Al MÁRQUEZ.)* Márquez... Márquez..., ten cuenta... Mira que...

(Los dos van tomando posiciones. El TRALLA se coloca al lado del GONZÁLEZ y saca también la navaja. Las mujeres, pálidas y aterrorizadas, parecen estatuas.)

EL MÁRQUEZ.— *(Susurrando claramente.)* Tu mujer ha sido mía..., pa que lo sepas... Mía durante la vendimia... ¿Qué te creías?... Allí y aquí... Y en todas partes... Mía...

(GONZÁLEZ se ha abalanzado hacia el MÁRQUEZ, pero en el preciso instante el CATALÁN, por detrás, consigue tirar del MÁRQUEZ hacia fuera y cerrar una de las hojas de la puerta. En la acometida el GONZÁLEZ clava el cuchillo en la madera de la puerta, sin poder evitar un navajazo del MÁRQUEZ en el muslo. El MÁRQUEZ y el CATALÁN desaparecen y queda GONZÁLEZ de bruces sobre la hoja de la puerta. El TRALLA, repuesto enseguida, sale tras los otros.)

EL TRALLA.— Canalla... Cobarde... Traidor... No te escapes...

(Las dos mujeres acuden hacia el GONZÁLEZ, que las aparta con gesto de fiera tratando de arrancar el cuchillo de la madera.)

LA MATILDE.— *(A la CANDELAS.)* Vete mujer... Vete..., que te va a matar... Vete...
(La CANDELAS, horrorizada, da un grito y sale corriendo. El GONZÁLEZ arranca por fin el cuchillo e intenta salir tras ella. Pero la herida del muslo le hace caer de rodillas. La MATILDE trata de quitarle el cuchillo.)

LA MATILDE.— Por tu madre, González... Por tu madre...

EL GONZÁLEZ.— *(Forcejeando con ella.)* Quita..., quita... Deja que me corte las venas...

LA MATILDE.— Dios mío misericordioso..., ten compasión...

(GONZÁLEZ, de rodillas, ha soltado al fin el cuchillo, que la MATILDE tira lejos. Ella cierra la puerta y queda de bruces sobre ella mientras el GONZÁLEZ, de rodillas, se mesa los cabellos.)

EL GONZÁLEZ.— *(Intentando levantarse.)* Tenía que ser en esta maldita tierra..., en este infierno donde cayera por última vez... Quita, mujer, apártate..., déjame...

LA MATILDE.— *(Llorando.)* No, González, no...

EL GONZÁLEZ.— Mala raza... Todas sois de mala raza... Dios mío..., ¿por qué no me dejaste hacerlo?... ¿Por qué?... ¿Por qué pude aguantar hasta aquí?... Si sólo vine pa matarlo... ¿Por qué, por qué no he podido?... ¿Por qué he tenido que caer de rodillas lleno de sangre? Otra vez más... Y siempre de rodillas...

(Se arrastra por el suelo. La MATILDE ha mojado una toalla y se acerca a vendarle la herida.)

EL GONZÁLEZ.— No te acerques a mí... Me pudriré aquí, en este suelo... hasta que se me trague la tierra que debió tragármeme el día que nací...

LA MATILDE.— Dios mío... ¿Por qué ha sido todo así?...

EL GONZÁLEZ.— Si vine sólo para matarlo... Y estuve esperando y apretando los dientes... porque quería perdonar... *(Carcajada convulsa.)* Perdonar... Y a mí no me perdonará nadie..., nadie...

(Al fin oculta la cabeza en los brazos y llora. La MATILDE aprovecha la ocasión para vendarle el muslo de rodillas ante él. Se abre la puerta y aparece el TRALLA.)

EL TRALLA.— *(Con muestra de gran cansancio.)* He traído el carro... Podemos llegar hasta la estación... Todavía podremos coger el correo... Al partirse el sol estamos en España...

(Sollozos de GONZÁLEZ.)

EL TRALLA.— González..., ten ánimo, hombre.... Terminó la vendimia. Los hombres como tú no miran atrás... Estamos aquí, nosotros..., los jóvenes... Lo demás está muerto... González...

EL GONZÁLEZ.— Tengo que matarles a los dos... Tengo que hundirme en su sangre y aún me moriré de sed...

EL TRALLA.— González..., tengo aquí el carro... a punto. Llegamos a la estación, tomamos el tren... Y llegamos a España... No ha pasado nada. Allí está todo..., estamos nosotros, González..., los que te necesitamos...

LA MATILDE.— González..., no pienses más..., anda...

EL TRALLA.— *(Apartando a la MATILDE.)* Tú lleva las cosas al carro, métete dentro y tápate con una manta como si estuvieras muerta. ¿Me oyes? ¿Me entiendes? Como si estuvieras muerta. Hazte cuenta que te entierren..., porque así vas a vivir desde ahora...

LA MATILDE.— Yo no tengo culpa de nada...

EL TRALLA.— *(Con un gran vozarrón.)* Haz lo que te digo...

(La MATILDE obedece y va sacando lentamente los bultos.)

EL TRALLA.— Si no nos vamos pronto..., va a empezar a venir gente. Estás herido y no puedes valerte, González... Sí, estás herido... Estamos con las manos atadas, como estuvimos siempre... Pero hemos aguantao el temporal...

EL GONZÁLEZ.— Tengo que matarle...

EL TRALLA.— Se ha escondido... Hay quien le protege, ¿sabes?... Pero ya volveremos a encontrarnos, te lo juro... Nos encontraremos unos a otros, González. Un día u otro estaremos otra vez con la navaja en la mano...

EL GONZÁLEZ.— *(Que se ha erguido de pronto.)* No... No... Demasiada sangre ya... Demasiada sangre, Dios mío... No... nos encontraremos nunca, ya nunca... Sólo queda morirnos cada uno a un lado... No, Tralla, amigo mío, amigo mío... Volvamos, volvamos a España... A seguir trabajando... Olvidando... Como si nunca hubiéramos estado en esta tierra... Ni ahora, ni entonces... Vamos... *(Se apoya en el TRALLA, que le saca lentamente. Al salir dice:)* Al fin y al cabo, amigo, se hizo buena vendimia...

(Salen. Pausa larga. Se oye el traqueteo del carro y el restallido del látigo que se aleja. A poco entra lentamente la CANDELAS. Viene derrotada y con el terror en el semblante. Se apoya en el marco de la puerta y mira a lo lejos, donde el carro se aleja. Parece a punto de gritar. Pero cae derrengada llorando. De pronto se yergue y grita dirigiéndose hacia fuera.)

LA CANDELAS.— No... No te acerques... Vete... Maldita... Vete... Tú, tú tienes la culpa de todo... Tú...

(Sin embargo, retrocede lentamente. En la puerta ha aparecido la VIEJA FRANCESA, que audazmente la mira riéndose mientras la CANDELAS se tapa la cara con las manos.)

LA VIEJA FRANCESA.— Ils sont salauds..., salauds..., salauds espagnols...

(La CANDELAS, horrorizada, sale de la casa y se lanza gritando.)

LA CANDELAS.— No... No me dejéis así... No me dejéis así...

(Se alejan los gritos... La VIEJA atraviesa la estancia y se dirige hacia el compartimento de la derecha donde apareció en el primer acto.)

LA VIEJA FRANCESA.— L'Espagne... *(Escupe y se deja caer en un jergón mientras rápidamente cae el telón final.)*